

# DOS AMORES

POR

**Ramiro Blanco**



**VIGO**  
IMPRENTA DE LA CONCORDIA  
*Plaza del Sol, 3*

—  
**1899**

M. 14493

R. 14476

C-68  
21

DOS AMORES

Ramiro Blanco

Prohibida la reproducción  
sin permiso del autor.



IMPRESA DE LA CONCORDIA  
Plaza del Sol  
1900

## AL QUE LEYERE

---

*Bien podría yo, á guisa de Prólogo, describir ahora con gran lujo de pormenores y detalles el cómo y el por qué han venido á parar á mis manos las memorias íntimas del simpático Luciano Villamar; y también podría disculpar lo indiscreto de mi conducta al publicarlas.*

*Pero los Prólogos largos son siempre fastidiosos, y hasta enemigos declarados del interés de la obra cuando revelan, aunque solo sea levantando una puntita del velo, algo de lo que luego se ha de contar con todos sus pelos y señales.*

*Dejo, pues, la palabra al protagonista ó héroe de esta narración, en la cual solo he puesto de mi cosecha un cambio de nombres y lugares, y la forma literaria, cuyos defectos me perdonen Apolo y el indulgente lector.*

RAMIRO BLANCO

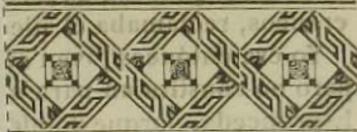


**MONTERREY**

Librería Anticuaria  
de Galicia

G. Aranda, 18-Tel. 16843

VIGO



## **DOS AMORES**

I

Dedicado por completo á mis negocios bursátiles, y aspirando al bienestar que proporciona una posición social desahogada é independiente, jamás fueron los teatros, paseos, ni bailes, sitios frecuentados por mí.

El Casino me robaba tres horas diarias: de ocho á once de la noche. Allí me reunía con algunos hombres sesudos, con los cuales jugaba al tresillo ó al *ecarlé*, hablando á ratos de política, bellas artes ó comercio... ¡Pero jamás de mujeres!

Diríase que estábamos divorciados en cuerpo y alma de esa imprescindible y conquistadora mitad del humano linaje... Cada uno de aquéllos graves jugadores del tresillo debía guardar en los archivos de su memoria algún drama fémينو, cuyo triste recuerdo, sumado con los dos tercios

de siglo, que hacían brillar como espejos sus limpios cráneos, reclamaba el silencio de lo pasado.

Yo era entónces jóven aún; frisaba en los treinta años; pero no constituían para mí la funesta edad de que habló Espronceda, porque donde no viven ilusiones, mal pueden prosperar desengaños... Mi conducta moderada, mis hábitos de orden, la gravedad de mí carácter, eran más bien propios de un contemporáneo de la guerra de la Independencia, que de un hombre jóven, lleno de pasiones y deseos: por eso, sin duda, fui admitido en aquel conclave de misántropos.

Si hubiera envejecido en aquélla vida monótona y sin incidente alguno, nada me habria impulsado á tomar la pluma para narrar los acontecimientos de una gran parte de mi existencia; bien á mi costa aprendí que los instintos y pasiones humanas pueden alguna vez dormir en el corazón, pero que siempre acaban por despertar, señalando á cada ser su destino.

Una tarde encontré, sobre mi mesa de despacho, una carta que exhalaba un delicado olor á violeta, y como, á decir verdad, no tenía por costumbre recibir tan perfumada correspondencia, adiviné, sin trabajo, de dónde procedía; me bastó leer mi nombre en el sobre: *Luciano Villamar*, escrito con una hermosa y rasgueada letra inglesa, para decirme: «Es de la condesa de Aleaga.»

En efecto: tratábase de una invitación para un baile de trajes.

Olvidé decir, que corriamos la época del Carnaval.

Yo sabía que los bailes de trajes de la condesa eran una *especialidad* en su género; conservábase allí la legendaria costumbre carnavalesca, ya desterrada de los salones, de guardar riguroso incognito las que al entrar ocultaban sus facciones bajo un antifaz ó careta

A fé mia; no puede venir más á tiempo la tal invitación,—pensé.—Hace años que esa señora no se olvida de mí cuando obsequia á sus amigos, y jamás he pisado sus alfombrados salones en noches de fiesta. Iré; casi me

avergüenzo de confesar que ignoro lo que es un baile de máscaras; y por más que adivino, sobre poco más ó menos, lo que dará de sí, no quiero llegar á viejo sin haber visto, siquiera una vez, esa fiesta, consagrada por la costumbre, y de cuyo aspecto *sui generis* tantas veces me han hablado.

La condesa de Aleaga era entonces una hermosísima mujer, algo madura; pero disfrutando de esa última y espléndida belleza que en algunas privilegiadas hijas de Eva puede compararse al otoño, exuberante de vegetación y perfumes, cuando los frutos están más en sazón, cuando á millares rompen las flores sus capullos, como temerosas de que el primer soplo helado del invierno no las permita recibir los últimos y ardientes besos del sol.

Los cuarenta años de la condesa daban envidia á muchas que no podían competir con ella, á pesar de contar s lo veinte. La célebre señorita de la Valliere hacía decir á los franceses de la época de Luis XIV, viendo á su monarca tan enamorado de la seductora cojita: *Soyez boiteuse, ayez quinze ans*; de la condesa de Aleaga podría decirse: Cumple los cuarenta..., pero consérvate hermosa.

Al morir el conde, perdió España un buen patricio y un estadista de talento. Corrian, sin embargo, voces de que siempre había sido un pobre hombre, de inteligencia muy limitada, incapaz de acometer grandes empresas. . y que solo al casarse con Adela, á quien llevaba veinte años, fué cuando todo el mundo echó de ver que el conde de Aleaga era un génio, incógnito hasta entonces. Ignoro si estos rumores eran ó no fundados, y sí, en efecto, ponía la condesa su inteligencia al servicio de su marido. En vida de éste no contaba yo á aquella señora en el número de mis escasas relaciones femeninas.

Mi conocimiento con ella tuvo por origen un favor que le presté, y del que siempre se mostró muy agradecida .. Al recordar aquel suceso, acude también á mi memoria el recuerdo de un hombre que me inspiró, desde el primer día que por primera vez crucé con la suya mi mira-

da, una invencible antipatía, una de esas repulsiones espontáneas é inexplicables que tienen cierta semejanza ó analogía con los presentimientos... le conocí en la Bolsa. Allí le ví todos los días durante una larga temporada, y procuraba evitar instintivamente todo roce con él. No sé quién me dijo que se llamaba Eduardo Rebolez, y que era el administrador, ó cosa así, de la condesa viuda de Aleaga, cuyos intereses manejaba con la misma libertad y soltura que si fueran suyos, emprendiendo peligrosos negocios, y arriesgando en problemáticas jugadas de Bolsa cantidades muy respetables.

Rebolez era lo que se llama un buen mozo, de elevada estatura, moreno, con barba muy negra y rizada; en sus ojos oscuros y de mirada algo oblicua, diríase que se anidaba la traición; al menos á mi me lo parecía. Su traje era un modelo de elegancia, y sus maneras no carecían de distinción; pero á pesar de tan bello físico, y de que la condesa había depositado en él toda su confianza en el manejo ó administración de sus bienes, por esta vez la calumnia respetó, como era de justicia respetar, el buen nombre de Adela, cuya virtud intachable jamás fué puesta en tela de juicio, ni cuando vivió al lado de sus padres los primeros años de su vida, ni cuando casada con un hombre que le doblaba la edad, resistió valerosamente todas las seducciones del gran mundo en que su posición social la obligaba á vivir.

Con esta tenacidad de mi carácter que, aún conocida por mí, siempre me fué imposible dominar, tuve verdadero empeño en probarne de un modo indudable que el tal Rebolez era merecedor de toda mi antipatía.... Por fuerza aquel hombre siniestro, que tal repulsión me inspiraba, debía ser un mal sujeto.... Efectivamente, sin poner mucho de mi parte por averiguarlo, supe que la pingüe herencia paterna de la condesa, y la no menos considerable que le otorgó en su testamento el conde, iban cuesta abajo en manos de aquel caballero de industria, cuya fortuna mejoraba á ojos vistos.

Era para mi incomprendible como la condesa á quien todos suponian dotada de singular talento, no ponía límite á aquella escandalosa transferencia; pero como no era yo el llamado, por ningún motivo, á intervenir ni directa, ni indirectamente en aquellos asuntos, encogíame de hombros cuando me enteraba de algún nuevo gatupeo de Rebolez.

Jamás había cambiado con él un saludo; nunca nos habíamos hablado.... y sin embargo, por ese convenio tácito de las antipatías (si vale la frase), adiviné que yo le inspiraba tambien marcada repulsión.

Algunas veces me preguntaba: ¿Pero no teadrá amigos la condesa que le instruyan acerca de lo que todo el mundo sabe menos ella?

Por fin, al enterarme de que Rebolez intentaba llevar á cabo uno de sus desvergonzados negocios, de mayor importancia que los anteriores, sin que ningún alma caritativa pusiera en guardia á la condesa de aquel despojo de que iba á ser víctima, no fuí ya dueño de contenerme, y abandonando mi prudente reserva, solicité una entrevista de aquella señora.

No ignoro que aquel paso que dí fué harto inconveniente; el oficio de Quijote, desfacedor de agravios y amparador de doncellas y viudas, sobre todo cuando éstas no solicitan auxilio, está abandonado por peligroso y ridículo; las costumbres de nuestro siglo exigen que cada cual entienda en sus propios asuntos, sin intervenir en los ajenos, cuando para ello no hay razones poderosas... Pero al escribir estos apuntes de mi vida, no pretendo ocultar mis defectos.

Merced á mis desinteresadas advertencias, que procuré formular con cuidadoso tino, pudo la condesa parar el golpe, evitando así el desmoramiento de su fortuna.

Rebolez fué despojado de su título, pero con un talento tan exquisito por parte de ella, que aquél hombre continuó entrando en la casa, sin que, al parecer, se enfriara su amistad.

Si llegó á noticia de Rebolez la parte activa que yo tomé en aquél asunto, lo ignoro. No me hubiera importado; ni cuidé de hacer prevencion alguna á la condesa..., pero quizá él sospechaba algo.

Desde aquél incidente, que rompió algo la monotonía de mi vida, le ví raras veces en la Bolsa. Sabe Dios que lugares habría elegido para campo de sus operaciones.

De mí puedo decir que quedé satisfecho de aquella acción, ganando una buena amistad. La condesa me rogó aceptara el cargo que hasta entónces había desempeñado Rebolez; pero rechacé tal proposición por motivos fáciles de adivinar, pues el único mérito de mis buenos oficios consistía en los móviles desinteresados con que los lleve á cabo.

Hé aquí quien era la condesa de Aleaga y las relaciones que á ella me unían.

Decidido, pues, á aceptar su invitación, al día siguiente desenterré del fondo de mi baul el frac, prenda que estaba durmiendo el sueño de los justos hacía ya mucho tiempo, me resigné á perder media hora en un salon de peluquería, y á las once de la noche me dejó una berlina de punto al pié de la ancha escalinata que desde el vestíbulo conducía á los pisos superiores del elegante *hotel* de la condesa.

Cuando penetré en el salon principal, previo el anuncio, en alta voz, de un lacayo, que nadie oyó (tal era el bullicio que allí habia), se ofreció ante mis ojos un sorprendente espectáculo; brillaban en las doradas arañas millares de bujías, arrojando raudales de luz sobre una muchedumbre bulliciosa y animada; por do quiera veíanse flores, gasas, brillantes, oro, seda, un derroche de lujo.... Aquello deliciosa confusión de miradas, sonrisas y exclamaciones variadísimas, me aturdió en los primeros momentos

Busqué por todas partes á la condesa, y la hallé, por último, rodeada de una verdadera corte de admiradores; á su lado lucian espléndidos y caprichosos trajes muchas

y hermosísimas damas; pero la condesa de Aleaga, vestida á lo María Stuard, parecía como un sol, prestando luz, calor y vida á los planetas inferiores.

Me acerqué á ella, no sin sufrir multitud de codazos y pisotones, y al verme, se apresuró á estrechar mi mano, acompañando esta acción con algunas frases de cortesía, encaminadas á manifestarme su satisfacción por mi venida.

Obedeciendo á mi caracter uraño, creí terminado mi cometido después de aquella breve salutación, y disponíame á retirarme de aquel sitio, cuando la condesa, haciéndome lado en la *marquesita* que ocupaba, exclamó con acento, en que se traslucía un ligero reproche:

—He perdido la cuenta de los meses que hace no le veo... No me dé usted excusas, porque no las admito, amigo Villamar; resígnese usted á hacer penitencia á mi lado.. ¿Pero qué es de su vida, señor hurón?

Los que rodeaban á la condesa, desfilaron discretamente, y yo ocupé aquel puesto que tan amablemente me ofrecían, y que muchos me envidiaban.

—Aunque me amenaza usted con no aceptar mis escusas, —dije á la condesa, —fuerza será que las escuche.

—De ninguna manera. No tiene usted perdón de Dios, y menos obtendrá el mio. Sabe usted lo muy deveras que le aprecio, y que constituye para mí una dicha, el verle honrando mi casa.. ; pero se vende usted muy caro, amigo mio...

—Esas frases me lisonjean con exceso, y no soy merecedor de ellas.

—¿También modesto?

—Condesa, —la dije en voz baja, —usted vive en el mundo de la lisonja, y se olvida de que yo vivo en el de las verdades á secas... ¡entre números!... ¿Qué puede faltar en estos salones faltando yo? Nada. Convéznase usted, soy un salvaje, que no se halla á gusto sino en la soledad.

—Pero es usted un *enfant terrible*... y casi le voy creyendo sincero partidario de las verdades á secas... ¿y mi buena amistad, caballero?

—La estimo en mucho, entre otras razones, porque es la única amistad femenina con que cuento

—Se conoce, se conoce.... Ya verá usted, desde mañana eclipse total, hasta el año que viene.

—¡Por Dios, condesa, basta de sermon!, exclamé sonriendo.

—Allá veremos si esto ha sido predicar en desierto,—me contestó ella, amenazándome graciosamente con el abanico.

En este punto, se dió por terminado mi diálogo con la condesa; oí los acordes de un bien afinado sexteto, que preludiaba un vals, y uno de los mozaletes que rondaban cerca de nosotros, y esperaba, sin duda, aquella señal, apresurose á recordar á la condesa el prometido favor de tenerle por caballero.

Adela me miró con aire resignado como contrariada de aquella interrupción, y me dijo:

—¿Usted no baila?

—No sé bailar,—contesté sencillamente.

El almibarado pollo, que aguardaba hecho una ce á que la condesa aceptara su brazo, me miró á su vez con expresión de profunda extrañeza, al escuchar mis frases; sin duda para él, no saber bailar era una monstruosidad; confesarlo así tan á las claras, casi una grosería.

La condesa, para quien no pasó desapercido el asombro de su pareja, lanzó una carcajada.

Luego, estrechando mi mano, y diciéndome «hasta luego,» tomó el brazo del jovencito, y se confundió entre la muchedumbre. Yo abandoné también aquel sitio.

No estaba el baile limitado al salón principal; en otros tres, más reducidos, y varios departamentos, donde se jugaba al tresillo, reinaba la misma animación, sin contar el *buffet*, espléndidamente servido.

No era esto sólo. El mes de Febrero de aquel año, cuya fecha jamás olvidaré, fué en Madrid muy templado: una primavera anticipada, y la condesa tuvo la excelente idea de abrir el jardín á sus invitados, disponiendo, al efecto,

multitud de farolillos á la veneciana, caprichosamente diseminados aquí y allá entre los árboles.

Pasando de unas habitaciones á otras, acerté casualmente con una ancha y alfombrada escalera, que me condujo á un espacioso invernadero ó estufa, llena de hermosas plantas exóticas; de allí pasé al jardín, deseoso ya de cambiar el viciado aire de los salones por la aromática y fresca brisa que se respiraba en aquel paraje.

El jardín era muy extenso; anchas avenidas, sombreadas por arcos de enredadera y frondosos arbustos, poéticas encrucijadas, que se perdían en un dedalo de sendas laberínticas; blancas y esbeltas esculturas, vagamente iluminadas por los farolillos multicolores; lagos y fuentes, grutas y cenadores... era aquel *parterre*, en miniatura, un lugar verdaderamente delicioso, y completaba el misterio ver algunas máscaras aventureras aparecer y desaparecer como fantasmas por entre el follaje, turbando con sus alegres gritos ó cuchicheos el silencio de la noche, que era hermosa y apacible.

Tomé asiento en un banco de piedra, y me propuse disfrutar á solas de aquella agradable calma.

¿A quién no hubiera extrañado mi conducta? Asistir á un baile de máscaras, para abandonar la animación y bullicio de los salones por el aislamiento de la solitaria encrucijada de un jardín, era, sin disputa, impropio de mi edad, aunque no de mi temperamento.

Precisamente me hacía estas reflexiones, cuando de ellas vino á distraerme el siguiente diálogo que distintamente llegó á mis oídos, á través del follaje:

— Esa mujer acabará por volverme loco.

— ¿Pero no has podido ni sospechar quien pueda ser?

— No... y sin embargo, juraría que el timbre de su voz me es conocido.

— ¿Qué disfraz lleva?

— ¡Oh! Es un traje... ¿como diré? de mañana.

— ¡De mañana! Es decir, un peinador, ó *matiné*.

— No; quiero decir, traje de mañana... ó de aurora, ó

de alborada, como gustes; no hallo nombres más apropiados: falda de raso blanco, salpicada de estrellas de plata, envuelta en una gasa color celeste pálido, sobre el antifaz, de terciopelo negro, se destaca un centellante sol.

—¡Basta! Ya sé á quién te refieres.

—¿Lo sabes?

—Sí, es Azucena.

—¿Y quién es Azucena?

—Contestar á esa pregunta es algo más difícil de lo que parece: Azucena es un ángel, mejor dicho, un diablillo encantador, á quién nadie ha visto la cara...

—¡Mujer singular! ¿Pero crees tu que mi máscara de esta noche, la que ha logrado aturdirme con sus genialidades es la Azucena!

—El disfráz, cuya descripción me has hecho, es el mismo bajo el que se ocultó también el año pasado. Entremos en otros detalles, ¿es alta?

—Sí, y esbelta.

—¿Una garganta blanquisima, intachable, y cabellos de un rubio dorado?

—Exacto.

—¿Ojos brillantes, expresivos, animados?

—¡Deslumbradores!

—¿Pie chiquito?

—De niña.

—¿Formas esculturales; inimitable gracia en los movimientos, voz deliciosamente timbrada?

—Justo.

—Pues ella es.

—¿Pero quién es ella?

—Te diré lo que sé. El año pasado se presentó por vez primera aquí; vestía el mismo traje que hoy, y su paso por los salones produjo verdadera sensación, no sólo por sus encantos físicos, sino también por lo original de su carácter, por su chispeante conversación, por no sé qué de seductor que atrae y suspende, hasta cuando dice alguna de esas verdades que á nadie gusta escuchar... Se burla des-

piadadamente de cuantos pretenden conquistarla, y á pasar de sus ligerezas de buen tono, se ve que no es una mujer vulgar, y que hay en Azucena (no sé quién diablos comenzó á llamarla así), algo que excluye toda idea de liviandad. ¿Saber quien és? ¡Imposible! La condesa, á quien todos hemos abrumado á preguntas, ha hecho gala de una discrección á toda prueba, y esa misteriosa máscara se burla de cuantos la persiguen, desapareciendo del baile cuando menos se piensa...

Al llegar á este punto, los dos interlocutores se alejaron, y no pude escuchar más; pero mi curiosidad se había despertado, y me sentí movido del deseo de seguirlos y aún de reanudar el hilo de aquella historia.

Levantéme, pues, é iba á comenzar mi espionaje, cuando me sentí detenido por una mano que me asió por una solapa del frak, y oí una voz femenina que me dijo:

—Un momento, caballero.

Al volverme sorprendido, me hallé frente á frente de una figura blanca y vaporosa, parecía le sílfide de aquellos bosquecillos.

Pero lo que desde luego me interesó fué el percibir, brillando á intervalos entre los ondulantes pliegues de su traje, gran número de estrellas plateadas, circunstancia que me hizo sospechar si aquella máscara sería la misma de quien tales pormenores había escuchado.

Mi sorpresa fue agradable, y sentí que mi curiosidad aumentaba.

—Estoy á tus órdenes,—la dije, por todo el tiempo que gustes... pero un momento me parece muy poco.

—He supuesto,—prosiguió, sin hacer caso de mi galantería,—que eres filósofo.

—¿Por qué tal suposición?

—Te he observado.

—¿De veras?

—Y te he seguido.

—¡Es particular! ¿Me conoces acaso?

—Sí y no.... nó y sí,....

Al decir esto la máscara, movía la cabeza á uno y otro lado con una gracia encantadora.

—Ven, siéntate junto á mi, en este banco,—exclamó dándome el ejemplo.

Óbedecí maquinalmente.

—¿Conque en qué quedamos,—le dije,—me conoces ó no?

Sí, te conozco desde hace poco más de una hora; sé que te llamas Luciano Villanar, y que tu caracter te inclina á la soledad; con esto y un ligero exámen de tu figura, me ha bastado para conocerte y hallarte simpático á mis ojos...

No comprendo...

—Eres pálido... ¿á ver los ojos? negros y dormidos, es decir, soñadores.

Creí que la máscara se burlaba de mi.

—En cuanto á tu carácter,—prosiguió ella,—basta que sea la antítesis del mio, para que me amolde á él perfectamente; es la ley de los contrastes, la ley de la naturaleza: ya sabes por física que dos electricidades de distinto nombre se atraen

Calló, y confieso que no supe qué contestar á todo aquello que me decía; pero aproveché aquel instante de silencio para observarla á mi gusto.

Bellísima debía ser, si su cara correspondía dignamente al conjunto, y no sé qué placer desconocido experimentaba yo á su lado; algo de atracción, de mareo...

Recordé el diálogo que casualmente había escuchado, y me aventuré á decir:

—¿Y si yo te conociera también?

—Te aseguro, querido Luciano, que me sorprenderías mucho.

—¿Sólo con decir tu nombre?

—Solo con eso. ¡Ya lo creo!

—¡Azucena!

La incógnita lanzó entonces una carjada franca y sonora.

—¡Qué inocente!—me dijo.—Sin duda has escuchado, como yo, á esos dos necios que pretenden nada menos que averiguar quien soy. Pero en ese caso, tú sabes bien que Azucena es un nombre que no he autorizado.

—Es verdad.

—Desprécialos, amigo mío; sin necesidad de recurrir á suposiciones gratuitas, me puedes ir conociendo... Pero observo que perdemos lastimosamente el tiempo en inútiles digresiones, cuando aún no te he dado á conocer las razones que he tenido para acercarme á tí.

—La simpatía..., eso que me has dicho de las eléctricidades...

—Dejémonos de física... es algo más que eso.

—Te escucho con interés.

—Me permitirás un pequeño exordio. A todos los seres domina alguna pasión, alguna manía; á unos el juego, á otros el amor, á otros la mesa, á otros la caza, ó la pesca, ó los viajes, etc. Yo no he podido evadirme de esa ley universal, mi odiosincrasia íntima me arrastra al placer de rebelarme contra ese código social, sancionado por la costumbre, en el que resulta la mujer abrumada de penosos é ineludibles deberes, sin disfrutar apenas de derechos... Ahora bien, figúrate que yo soy jóven, que mi condición social (no quiero decirte si soy casada ó soltera), no me permite satisfacer mis irresistibles deseos: soy ardiente, ligera, animada, revoltosa, alegre y atrevida.... y sin embargo, quien me conoce en mi casa, quien me ve en la calle, quien conversa conmigo en esa sociedad de caras descubiertas y de pensamientos ocultos, no puede sospechar, ni remotamente, que soy el duende perturbador é inquieto de estas veladas; aquí suelto la válvula de mi fogosidad y entusiasmo, entregándome á todos mis caprichos.... ¡Tú no sabes, mi buen amigo, con qué impaciencia aguardo durante un año entero la llegada de este paréntesis delicioso de la vida monótona y ordinaria! ¿Qué me importan las opiniones de esos sabios, pontífices, pensadores y moralistas, que dicese condenaron

el Carnaval? ¿Qué puede influir en mi ánimo Claudio Bernard al decir que en el mundo ha hecho más víctimas el Carnaval que el cólera? Todos sus argumentos se estrellan contra mi convicción..... creo que el Carnaval es la única época del año en que la sociedad, que pomposamente se llama civilizada, se permite lanzar algunas verdades... cuando se concede á la mujer el derecho de manifestar sus impresiones.....

Calló la máscara, inclinando la cabeza sobre el pecho, y antes de que yo tuviera tiempo de responder con alguna vulgaridad á aquel extraño discurso, exclamó:

—Tú no buscabas la alegría, sino la tristeza; no el bullicio, sino la soledad... no creías hallar en medio de esa baraunda de máscaras un sólo ser que supiera comprenderte. ¿No es verdad?

—¿Por qué me preguntas eso? —murmuré.

—Porque quiero interesarte... porque tienes algo que me atrae, y quisiera ser amada por tí...

Al pronunciar estas palabras, la dama incógnita se aproximó á mí; percibí un perfume gratísimo y una sensación particular... Aquella mujer me iba fascinando, sin darme yo cuenta de ello...

Procuré, sin embargo, recuperar mi sangre fría, y no abandonarme en brazos de halagadoras ilusiones, nuevas para mí, pero muy peligrosas, por lo que podrían exponerme al ridículo.

—Dices que has sabido comprenderme,—exclamé con voz insegura;—pero tus últimas frases me prueban que me igualas á cuantos has bromeado esta noche. ¿Por qué exiges de mí un amor que tú no puedes darme?

—Sí, por esta noche... Yo te diré del modo que sé amar, y serás el único en el mundo que haya escuchado de mis labios tales frases; ya ves como no te igualo á los otros...

—No me supongas tan necio, Azucena. ¿Como creer en ese amor improvisado, que sólo ha de durar el tiempo que conversemos en este jardín ó en aquellos salones?

—¿Y qué importa eso? El relámpago es sublime, por la

misma rapidez con que en un instante rasga el oscuro firmamento, liñe de fuego las nubes, las casas, los árboles.... y desaparece... Así, en nuestras almas los placeres más intensos son los más rápidos... y esos dejan siempre un recuerdo indeleble; no como aquellos de que nos hemos hastiado, y que dejan sólo un vacío..... y hasta un remordimiento..... Créeme, Luciano, yo te amo.....

—¿A nadie has hecho esa confesión?—la pregunté en voz muy baja, acercándome á ella, y con la cabeza trastornada.

—¡A nadie!— me respondió, incorporándose brevemente.—Pero si aun dudas del privilegio que sobre los demás te concedo... ..

La desconocida se inclinó entonces hacia mí, y antes de que yo pudiera darme cuenta de lo que me pasaba, percibí en mis labios el contacto de los suyos...

Anonadado, fuera de mí, aturdido, loco... sentí su aliento embriagador mezclarse con el mio, y ví sus ojos brillantes y dominadores, como dos centellas, que buscaban el camino de mi alma para abrasarla.

Y... y esos de las siempre  
 más intencos son los más rápidos...  
 un recuerdo labélele; no como aquellos de que nos he  
 mos hastado, y que dejan sólo un vacío... y hasta un  
 remordimiento... Créme, Luciano, yo le amo...  
 —A nadie has hecho esa confesión— la pregunté en voz  
 muy baja, acercándome á ella, y con la cabeza trastor  
 nada  
 —¡A nadie!— me respondió, incorporándose prevenien-  
 te —Pero si aun dudas del privilegio que sobre los demás  
 te concedo...

## II

La desconocida se inclinó entonces hacia mí, y antes de  
 que yo pudiera darme cuenta de lo que me pasaba, per-  
 cibió en mis labios el contacto de los suyos...  
 Anonadado, fuera de mí, atarido, loco... sentí su aliento

La máscara era hermosa como un ángel, á juzgar por lo que me había dejado ver al levantar ligeramente el antifáz: una barba redonda y una boca pequeña y fresca, que al sonreír descubría dos hileras de menudos dientes, verdaderas perlas, engarzadas en coral; su cuello era blanco, como el alba, y el nacimiento de su seno digno del cincel de Phidias.

Yo me había olvidado del baile y aún de mi mismo; toda mi existencia se reconcentraba en aquella mujer que tenía á mi lado; casi la amaba ya con delirio, pero...

Aquí me hice una reflexión, que varió radicalmente el curso de mis ideas, reflexión que favorecía muy poco á la desconocida.

—¿Será alguna aventurera?—me dije.—Pero me admira que la condesa reciba á... ¿Y por qué no? Esta clase de mujeres logran entrar en todas partes... este beso... sus palabras... en

Quedé un momento pensativo, pero sólo un momento. Azucena me fascinaba, me atraía .. y sin poderme contener, rodeé con mi brazo su esbelto talle.

—¡Ah!

Acompañó mi amiga esta exclamación con cierto movimiento de sorpresa que no pudo contener.

Quedeme silencioso, y ella pensativa.

—¿Y bien?— dije con temor después de una pausa.

—Amigo Luciano... me pregunta usted un imposible si al decirme ¿y bien? quiere usted significar ¿quién es?

—¡Un imposible! ¿por qué?

—Porque jamás he oído nombrar á esa... Azucena.

—¡Condesa!

—¿Amigo mio?

—¡No sea usted cruel! Usted no sabe que desde aquella memorable noche estoy desconocido, no duermo, ni vivo, pensando en ella; que por primera vez siento en mi corazón los síntomas de un amor verdadero y contra el cual no puedo luchar, por lo mismo que es el único que ha llamado á las puertas de mi alma; que estoy decidido á dar mi nombre y mi fortuna á esa joven, si es digna de mí.... ¿qué digo? todo lo arrostraría gustoso con tal de llamarla mía, porque conozco que ese amor me llevará á la locura, sino realiza todas sus esperanzas. ¡Hablo á usted con sinceridad, condesa! No me niegue usted el consuelo de darme un rayo de luz que me guíe en medio de este tormentoso caos en que vivo desde hace algunos días: sea usted buena para mí, y no me oculte por más tiempo el nombre de esa mujer, que usted sin duda conoce.

Mi agitación al pronunciar este breve discurso y el entusiasmo y ardor que demostré, parecieron convencer á mi interlocutora, que me contestó después de una pausa:

—Pues bien, la conozco.... sé quien es.... pero estoy ligada por un juramento.....

—¿Ella es libre?

—No lo sé.

—¡Oh!

—Tenga usted calma, dispuesta estoy á prestarle todo mi apoyo, pero nada me pregunte hasta mañana.

—¿Mañana?

—Sí; á estas horas le espero.

—¿Y me dirá usted?...

—No lo sé... hasta mañana no se nada.

—Condesa, en usted confío; me marchó... voy á contar segundo por segundo estas veinticuatro horas....

Estreché con efusión sus manos, y salí.

La esperanza es una diosa que, al batir sus alas de oro sobre nuestra frente, ahuyenta con su benéfico influjo todas las amarguras de la vida, y nos hace vislumbrar en lontananza horizontes de co'or de rosa, hacia los cuales caminamos sonrientes y dichosos...

Aquella esperanza de saber quien era la incógnita que me habia fascinado con un beso, volví á mi corazón la alegría, pero al propio tiempo me mortificaba la impaciencia, una impaciencia insuportable que me impedía permanecer quieto un solo instante.

Pasó el día, transcurrió la noche, llegó la suspirada hora de la cita y volé, mejor que corrí, á casa de la condesa.

El aspecto de su rostro, y la tristeza con que estrechó mi mano, me hicieron sospechar alguna mala nueva... y el hielo del desaliento penetró en mi corazón.

—¿Qué hay?—me apresuré á preguntar, tomando asiento á su lado.

—Luciano, olví te usted a esa mujer.

—¡Imposible!—exclamé con desesperación.

—El imposible, pobre amigo mio, está en ese amor naciente.

—Condesa, quiero tomar el veneno de una vez; dígame usted todo.

—Pues bien, ayer mismo la hablé.. y me prohibió que revelara á usted su nombre, exigiendo el cumplimiento de mi promesa.

—¿Y por qué, Dios mio?

—Es casada...

—¡Oh!

—Mañana parte con su marido á Inglaterra; ya ve usted que es inútil hablar más de este asunto. Por mi parte,

creo que lo que usted siente es sólo un capricho pasajero, emanado del mis erio conque usted la conoció. El tiempo curará esa pequeña herida..

—¿Nada dijo á usted de mí?

—¿Y para qué quiere usted saberlo?

—Es mi última súplica... y el último favor que de usted espero.

—¡Qué frases tan lúgubres!

Sonreí amargamente

—Bueno,—continuó la condesa,—lo diré á usted todo; ella ha soñado con un ideal... que se parece mucho á usted.

—¿No me engaño usted, para consolarme de su pérdida?

—No, esas fueron sus frases; hubiera amado á usted con locura, si sagrados deberes, que jamás olvidará ni dejará de cumplir, no le impidieran entregarse á ese amor.

—¿Y su esposo?

—Fué un matrimonio impuesto: él es viejo y mal humorado, inmensamente rico... y ella, como es natural, no le ama.

—Está bien; doy á usted un millón de gracias, y la ruego dispense tanta molestia... Si me dá usted su permiso...

—¿Tan pronto me deja? ¿Por qué no se queda usted á comer conmigo? Hoy es de los días en que recibo á algunos amigos de confianza...

—No puedo disfrutar de tan grata compañía; asuntos de interés me reclaman. A los piés de usted, condesa.

Me levanté sereno; pero al dirigir la mirada á un espejo que había enfrente de mí, observé que estaba pálido como un cadáver.

Regresé á mi casa, con la muerte en el alma; no pretendía olvidar. ¿Para qué? La lucha era imposible.

Desde aquel día hasta que pude continuar estas memorias, ignoro lo que me sucedió; dos meses después, cuando tuve conciencia de mi sér, y me trajeron un espejo... me costó trabajo reconocerme en aquella cara escualida, transparente y enfermiza, que reflejaba la bruada su perficie.



#### IV

La condesa de Aleaga se había engañado; no era un capricho pasajero lo que me inspiró Azucena, era una verdadera pasión, uno de esos amores que penetran en el alma, y jamás la abandonan

Ignoro si en otros seres nacerá el amor, acompañado súbitamente de todas estas luchas morales, que minaron de tal suerte mi salud; nada afirmo, nada discuto: cuento sencillamente mi historia, sin comentarios ni opiniones propias

Cuando transcurrió el primer período de mi convalecencia; y me sentí con ánimos para andar y discurrir, me apresuré á hacer un balance de mi fortuna, abandoné los negocios bursátiles, y viéndome poseedor de un capital, cuyos intereses bastaban á cubrir con exceso las necesidades de mi vida, tomé la determinación de abandonar á Madrid para siempre, y buscar un tranquilo refugio en cualquier ignorado rincón de España, lo más lejos posible de la corte, allá en un pueblecillo de la costa cantábrica, á las orillas del mar.

La dama me rechazó bruscamente, y se levantó altiva, desdeñosa... á través de los agujeros de su antifaz brilló una mirada de desprecio é indignación.

—¡Caballero!—dijo, con voz pausada y digna—Ni una palabra más; me he mostrado complaciente, amorosa, confiada, y recibo en pago una ofensa... Adivino que acaba usted de hacer infames suposiciones. ¡Hasta nunca!

Y desapareció entre los árboles, dejándome sin ánimos ni para contestar á su acusación, ni para detenerla.

—¡Bah!—pensé luego—Hago mal en tomar este asunto por lo sério, es simplemente una broma de Carnaval... ¡Broma! ¿Y el beso? Bueno, convengamos en que ha sido una broma deliciosa.

De este modo meditaba yo, perdido en aquel lugar solitario, hasta que una ráfaga de aire fresco me volvió en mi acuerdo.

Entré por segunda vez en los salones, é involuntariamente buscaban mis ojos entre la concurrencia á mi máscara.

*Mi máscara...* me halagaba añadirle el pronombre positivo.

Recorrí todas las habitaciones, sin resultado satisfactorio, y lo que en un principio me figuré que era puro capricho ó curiosidad de volverla á ver, convirtiése pronto en impaciencia y despecho; por último, entré en el *buffet*, y para ahuyentar de mi mente el recuerdo de aquella mujer... bebí, contra mi costumbre; bebí mucho, hasta que comencé á verlo todo confuso, como á través de un transparente y blanco cendal, en que se mecían miles de estrellitas de plata; los objetos aparecían ante mis ojos sin forma definida, aglomeradas y confundidas las luces, la gente, las flores...

Ignoro lo qué hice aquella noche; más adelante supe que había bailado desesperadamente, que había reído como un loco, y que á cuantos pasaban por mi lado, preguntaba:

—Caballero: ¿usted conoce á Azucena?



### III

Aquella noche, ó mejor dicho, aquel día, despues del baile de máscaras de la condesa de Aleaga, dormí muchas horas, con un sueño intranquilo, á manera de fantástico epílogo de aquel baile, donde mi suerte me arrojara; anocheecía cuando salté del lecho.

Mi primer recuerdo fué para la incógnita; el segundo para mis negocios; pero como la hora no se prestaba á despachar estos últimos, no hallé, ó no pude hallar mejor manera de emplear el tiempo que pensando en ella.

¿Quién sería? ¿De dónde era? ¿Cuál sería su verdadero nombre? ¿Era casada, soltera ó viuda?

Hé aquí las preguntas que me hacía, paseando sin rumbo fijo por las calles de la corte, y creyendo ver en cada una de las jóvenes que pasaban junto á mí, á la misteriosa Azucena; ésta tenía un talle parecido al suyo, aquella el pié, la de más allá la estatura, otra los ojos... y corría tras ellas sólo para sustrir un desencanto.

No falté al casino á la hora acostumbrada; pero no hablé apenas con mis amigos; invitado por ellos á jugar una partida de tresillo, cometí mil torpezas, de tal modo me preocupaba el recuerdo de aquel beso. Ante mis ojos desaparecía la mesa, las cartas, los compañeros de juego, y

veía solo la imágen de aquella mujer, que al acercar sus labios á los míos, dejaba en ellos un veneno dulcísimo, que yo saboreaba con delicia.

Arrojé las cartas, y regresé á mi casa. Aquella noche no pude dormir, pero despierto soñaba mil quimeras deliciosas, como jamás había soñado; la vaporosa luz del crepúsculo matutino, que se filtraba por las rendijas del cerrado balcon, me sorprendió medio incorporado sobre el lecho, con un codo sobre la alhomada y la cabeza en la palma de la mano, pensando en *mi máscara*, sin cesar, sin intermitencia que diera cabida á otros recuerdos, como si aquel solo se hubiera declarado poseedor absoluto y despótico de mi alma, grabándose en ella con loca é inusitada tenacidad.

Antes de salir el sol, ya estaba yo vagando por las desiertas avenidas del Retiro, sin más objeto que el de alimantar peligrosamente con la soledad el fuego incipiente de aquella pasión.

Nada de provecho hice aquel día; aunque procuré dedicarme á mis tareas ordinarias, me fué de todo punto imposible fijar la atención en ellas.

Y así pasaron dos, tres días, una semana, en cuyo tiempo á ningún negocio particular atendí, me olvidé del casino y hasta de ir á mi casa á comer; entraba en un *restaurant* cuando sentía algún apatito, comía poco y precipitadamente, y tornaba á mi vida errante y vagabunda por las calles de la capital.

Por fin me dije:

—Puesto que definitivamente no podré hallar tranquilidad, ni dicha sin el amor de esa mujer, transigiré con el destino .... seré su esposo. La condesa de Aleaga me aprecia lo suficiente para favorecerme y ayudarme en mi empresa; ella me dirá quién es Azucena. Por fortuna, tiene de mí un favorable concepto, y no me confundirá con esos necios que, tan sólo dominados por un capricho pueril, han pretendido descorrer el velo que oculta la vida de esa joven, cuyo beso me ha enloquecido.

Fa tóme tiempo para poner en práctica mi proyeeto, y corrí al hotel de la condesa con una agitación febril, que luché en vano por dominar.

Me recibió ella con exquisita urbanidad y afectuosas demostraciones de simpatía, y después de media hora de una conversación insulsa, que ni aún sé cómo pude sostener, me decidí á abordar el asunto.

—Condesa, —la dije, —no dudo un momento de la buena amistad con que usted me distingue, y confiando en ella voy á molestarla, suplicándola una merced que jamás sabré agradecer bastante.

—¿Luego se trata de algo grave? —me preguntó.

—Para mí... muchísimo.

—Cuenta usted, desde luego, con mi incondicional apoyo.

—Esas frases me animan. Yo amo ..

—¡Oh! Creí á usted completamente invulnerable; pero, en fin, ya que por fortuna ó desgracia, no es así, sepamos quién es la mujer que ha logrado fundir el hielo de ese corazón. ¡Muy hermosa debe ser!

—En efecto... ¡Muy hermosa debe ser!

—¿Cómo! ¿Acaso no está usted seguro de que lo sea?

—No, señora; en absoluto. Pero lo sospecho, lo advino, juraría que es hermosa como un ángel.

—Está usted misterioso; explíquese usted, amigo mio, de una vez, pues comienzo á interesarme.

—Sea, ya que no hay más remedio... Estoy enamorado de una máscara con quien hablé largamente la noche, inolvidable para mi, del baile.. ; pero no pude lograr el ver su rostro...

—¿Ni sabe usted á que familia pertenece?

—No.

—¿Y su nombre?

—Tampoco.

—¿Y como podré saber de quien se trata con noticias tan vagas?

—Eso sí: esa mujer tiene un pseudónimo, se la conoce con el nombre de Azucena.

No tardé en encontrar lo que buscaba; propusieronme la compra de una pequeña casa de campo ó quinta, situada en C... puerto de escasa importancia de la costa asturiana, y pareciéndome aceptables las condiciones de precio, situación y otras circunstancias, firmé la escritura y en pocos días di por terminado el embalaje de mis efectos, cuya mayor parte componíase de libros.

Muchas veces, en medio de aquella prisa, de aquella especie de fiebre conque empaquetaba y distribuía mi equipaje en cajones y maletas, deseando huir de Madrid, como un cobarde que huye de una epidemia, quedábame inmóvil y pensativo, preguntándome si estaría yo loco.

¿Era aquello realmente verosímil? Entre toda aquella multitud de hombres, con quienes me había codeado, entre tantos jóvenes como yo veía cruzar ante mis ojos, con la mirada brillante, las piernas ágiles y la sonrisa en los labios, siempre en pos de ese norte del corazón masculino, que se llama mujer, ¿no habría habido alguno, tal vez muchos, quien sabe si todos, que hubieran tropezado alguna vez en su vida con mujeres, enmascaradas ó no, capaces de fascinar como serpientes ó de enloquecer como hechiceras?

Sin duda que sí. Y esos hombres, esos jóvenes, esos niños, vivían, alternaban en la sociedad, sabían olvidar un amorío, para emprender, con inagotable ardor, una nueva conquista, reíanse hoy de las estériles lágrimas vertidas ayer al fugitivo dolor de un desengaño, y no saldaban sus cuentas con el mundo femenino, porque una de aquellas beldades les hubiera ofrecido un beso en la sombra, para desaparecer después, hundiéndose sabe Dios en donde.

En aquellos momentos, me avergonzaba de mí mismo; parecíame ridículo, casi bufo; tentado estaba de volcar maletas y cajones... y ensayaba lanzar una carcajada; pero la carcajada no salía.

Había dentro de mí ser algo que era superior á mi voluntad; y era, sencillamente, una necesidad del alma no

satisfecha, incesante martirio, que impedía la curación, la única curación posible: el olvido.

Existen entre el espíritu y la materia cierta analogía, cierto paralelismo, cuyo enlace es un misterio. Decid á un hambriento que olvide el hambre que le atormenta, imposible. Decid á un infeliz, que sufre horrorosamente en un hospital, que olvide sus dolores, imposible. Quería yo olvidar á Azucena, creer que lo sucedi lo en el jardín había sido un sueño, imposible. Hay también sueños que se graban tenazmente en nuestra memoria, y no la abandonan nunca.

Había terminado mis preparativos, y hallábame dispuesto para la marcha. Casi todo mi equipaje había viajado ya por los campos de Castilla, con dirección á Oviedo. Las paredes de mi casa estaban desnudas de cuadros y espejos, los balcones sin cortinas, el comedor y el despacho sin muebles, en la sala y el gabinete algunas maletas y cajones. Cuando hablaba, parecía hacerlo con bocina, de tal modo resonaba mi voz, que asemejaba la de un gigante.

Francisco se sentaba con frecuencia encima de alguno de aquellos bultos para fumar un cigarro, mirándome con natural extrañeza, como preguntándome con los ojos, ¿á qué aguardamos?

Aun no he dicho quién era Francisco.

Diez años antes, cuando tenía catorce, llegó á Madrid, procedente de Asturias, sin más recomendación que su buena voluntad para el trabajo.

No sé quién me habló de él; supe que era huérfano, y aquella semejanza conmigo me impulsó á admitirle en mi casa.

Servíame de recadero, y no tardé en tomarle cariño, porque era un buen muchacho.

Además; no sé si por efecto de su carácter, ó porque la conducta de los señores influye á la larga en la de los criados (por eso sin duda se dice: tal amo, tal criado), se moldóse Francisco de tal modo á mis hábitos de orden,

á mis costumbres pacíficas, que era otro yo, en su esfera. Hízose hombre á mi lado, y jamás le conocí ningun amorcillo: éste era otro punto de semejanza.

¡Pobre Francisco! Durante mi larga enfermedad, no se apartó un momento de la cabecera de mi cama; me asistió con un cariño, con una delicadeza tal, que apenas eché de menos la presencia de un hermano ó de un hijo.

Había yo despedido á dos escribientes, que para nada me servían ya; y á la cocinera que no necesitaba, pues comía en la fonda. Sólo me quedaba Francisco.

Cuando le dije que pensaba abandonar á Madrid para siempre, se dibujó en su rostro la más franca y expontánea de las alegrías; cuando le participé que nos iríamos á vivir á orillas del mar, le faltó poco para ponerse á hacer cabriolas...

—¿Pero... es eso verdad? —me decía.

Francisco recordaba su niñez á orillas de ese mar canchabático, siempre inquieto y espumoso, y á ese recuerdo se unía el de los besos de su madre, el de las monótonas y dulces canciones con que le arrullaba en la cuna...

Todo un mundo de felicidad perdido... y vuelto á recobrar, en parte, gracias al talismán de mi promesa, de las segnidades que le dí de que volvería á contemplar todos los días, y quizás para siempre, aquel cielo, y aquel mar, yaquellas playas; y aquellos bosques.

Dispuesto ya todo para el viaje, sentábase Francisco, como dije, sobre uno de los fardos, y me miraba como preguntándome qué aguardaba para echar á correr á la estación.

Un día le dije:

—Francisco: ténlo todo preparado para mañana, y no te olvides de llamarme muy temprano.

Vana advertencia esta última, porque mi sueño era muy corto.

—¿A qué hora, señor?—me pregunto él, con la mirada radiante de gozo.

Tomé una guía de ferrocarriles, la consulté, le dije:

—A las seis y media... sí, creo que á las seis y media llegaremos á tiempo.

—Pero... por si acaso... —tartamudeó Francisco.

—¿Qué?

—Podríamos vestirnos á las seis... si le parece.

Yo me sonreí.

—Como quieras, muchacho, —le dije afectuosamente.

Pero aquella noche me asaltaron de nuevo escrúpulos de que yo era un hombre pusilánime, incapaz de luchar contra la menor contrariedad, un necio en huir de Madrid por semejante motivo.

Aplacé el viaje para el día siguiente, y en vano Francisco me repitió una y mil veces desde las cinco á las siete de la mañana, que la estación estaba lejos, que el tren se iba á marchar sin nosotros.

Así sucedió. A las once ó media salí de casa, para ir á almorzar á una fonda inmediata. Me acompañó Francisco, sin hablar palabra, con la cabeza baja y las manos en los bolsi los, silbando por lo bajo una jota; le despedí en la puerta con un «hasta luego.»

—¿Mañana? —preguntó él lacónicamente, y con inflexión de voz, en que se traslucía la impaciencia.

—Veremos —le dije volviendo las espaldas.

Me daba lástima el pobre muchacho; pero la verdad era que yo mismo no sabía qué hacer. ¿Qué me detenía en Madrid? Nada. ¿Qué iba á buscar á C...? Nada.

Estas dos preguntas, con las respuestas consiguientes, me las hice aquel día multitud de veces.

A la caída de la tarde paseaba yo por las veredas menos frecuentadas del Retiro, sin salir de mi indecisión.

—Analicemos este embrollado asunto, —me dije por fin.

—Supongamos que realizo mi propósito de vegetar tranquilamente en ese pueblo; concedo que el país sea delicioso, que las costumbres de sus habitantes sean puras, que me rodeen comodidades y bienestar, que logre, en fin, lejos de este *mare magnum* cortesano la paz del cuerpo... ¿Pero y la del alma? ¿No alimentaré peligrosamente

en la soledad, entregado á mis pensamientos de continuo, esta especie de locura que me domina?

¡El olvido! Eso debe ser mi aspiración, ya que la fatalidad ó no sé quién, me ha precipitado en la pendiente de este amor imposible. No, no abandonaré á Madrid, aquí hay filtros para curar estas heridas del alma; de ese torrente de locos, cuyo único ideal es el placer, beberé el agua del Leteo, que hunda en lo pasado aquél recuerdo que me abrumba; borraré con otros besos la impresión del beso de *Azucena*; aquí hay embriaguez, placeres, delirio... ¡Basta arrojar un puñado de oro á la cara de esos seres miserables para obtener todo eso

Mientras bullían en mi cerebro aquéllas ideas, apresuraba el paso, casi corria, como si fuera ya á precipitarme en aquél nuevo mundo.

No he dicho mal; aquel era para mi un mundo desconocido. A pesar de mis treinta años, era yo un adolescente, recién salido del colegio, al menos en lo referente á amoríos. Ya lo consigné así al comenzar estas memorias. Y haciendo un esfuerzo de voluntad, mirando las cosas friamente, en sana lógica, ¿no podía yo compararme al imberbe mozalbeta, que se figura loco de amor por la primera colegiala que le dá una cita? El cuerpo envejece, porque este organismo no funciona en vano, y se gasta; el alma puede estar virgen de impresiones á los sesenta años, é inflamarse en el amor, cuando el cuerpo comienza ya á sentir el frío de la tumba.

Resúmen: yo era un niño de treinta años, y necesitaba volar, como la mariposa tardía que no pudo romper á tiempo la clausura de su capullo de crisálida, se encuentra al nacer con el sol de otoño, y contempla con envidia á sus compañeras ahitas del néctar de las flores, que ya empiezan á marchitarse.

Además (esta reflexión acabó de decirme) mi retiro á C... tenía todas las apariencias de una renuncia al mundo so- ciable, era así algo parecido á un voto religioso; y los sé- res que renuncian al mundo, antes de cerrarse tras ellos

la puerta del cláustro, donde podrian leer el *lasciate ogni speranza*, antes de dar aquel paso hacia la sombra, prueban sus fuerzas exponiéndose á los peligros mundanos, aspiran los perfumes de la juventud á que han de renunciar voluntariamente, leen en el libro de la vida la lista de los placeres sin cuento conque la libertad les brinda; y cuando se convencen de que son, en medio de las pasiones y los deseos, como la roca en medio del mar, combatida por las furiosas olas, siempre fuerte y jamás vencida; cuando se convencen de que pertenecen á Dios.. se consagran á él.

No estaba probado que yo perteneciese á Azucena; antes de consagrarme á ella, necesitaba vivir en plena atmósfera de placeres, necesitaba correr las borrascas de la vida en esas pompas de jabón, que se llaman amores fáciles.... ¡Si, yo era un necio, encuadrado en loco? Un imbécil, que apenas acercaba sus lábios al néctar delicioso conque en los suyos le brindaba una hermosa hija de Eva, perdía la cabeza y se embriagaba, sin saber luego cómo barrer las nubes de su cerebro.....

Pensando de esta suerte, hablando á veces en alta voz, me dirigí á mi casa; pero ¡ay! mientras germinaban en mi mente aquellas novísimas teorías, no sé qué malestar, qué pena ó qué puñal se me clavaba allá dentro, en lo más profundo de mi ser; ni sé que visiones cruzaban ante mis ojos en forma de flotantes cendales blancos, de estrellas que centellaban, de un antifaz negro, de una mirada enloquecedora, de unos lábios que prometían paraísos de ventura.....

—¡Ah! ¡No hallaré en el mundo otra Azucena!—me dije con desesperación.

No importa; estaba decidido.

—¡Francisco!—grité al entrar en mi casa.—Abre esos baules, desclava... quita cuerdas. ¡Sácalo todo! Nos quedamos, muchacho, nos quedamos en Madrid.

Francisco me miró, poniendo una cara tan triste y oompungida que me hizo reir.

—¿Y la casa que el señor ha comprado?

—No pienses en ella .. allí la encontraremos, si algún día se me ocurre hacerle una visita.

—¿Y la sillería azul, los cajones de libros, la ropa blanca y todo lo demás que va por delante?

—Ya llegará á Oviedo, y lo reclamaré.

—Pero...

—Te digo que nos quedamos en Madrid.

—¿Me permite el señor que diga una cosa?

—Díla.

—Pues... que esto lo estaba yo viendo venir desde esta mañana .. Me lo daba el corazón.

Me encogí de hombros.

Francisco, ya resignado, bajó la cabeza, y se puso á vaciar baules y cajones, dando frecuentes y profundos suspiros; aquella perspectiva de playas, bosques, prados y riachulos de que le hablé, había sido no más que un cuadro de linterna mágica, que acababa de desvanecerse.

Ma pareció que lloraba.

¡Infeliz! Decididamente era una segunda edición mía aquél muchacho.



— Ya llegará a Oviado, y lo reclamare.  
— Pero...  
— Te digo que nos quedamos en Madrid.  
— Me permite el ser, or que diga sus cosas?  
— Dita.  
— Pues, que esto lo salta y viendo venir desde esta  
mesana... Me lo daba el corazón.  
Me encoga de hombre.  
Francisco, ya resignado, bajó la cabeza, y se puso á  
vaciar pañales y cajones, dando frecuentes y profundos  
suspiros; aquella perspectiva de pajas, después, puros  
y rictusos de que le había habido no más que un  
cambio de linterna mágica, que acababa de desvanecerse.  
M. parca que llevaba  
Julietta! Decididamente era una segunda edición más

V

Habían transcurrido tres meses, y ya el Otoño comenzaba á arrancar amarillentas hojas de los árboles, anunciando al estío el fin de su ardoroso reinado.

Madrid renacía á la acostumbrada animación, después del paréntesis del veraneo; apiñábase ya la gente á la puerta de los teatros (los cuatro ó cinco que por aquella época existían), abríanse los salones, anunciábanse bailes, se animaban los cafés.... y yo no entraba en mi casa más que para dormir.

¿En qué me ocupaba la mayor parte del día y la noche? No lo sé; en vivir no sé cómo.. En Madrid es facilísimo hallar amigos alegres, cuando se tiene un bolsillo bien repleto de oro y abierto siempre.

Yo tenía muchos amigos, y no escaso número de amigas, unos y otras dedicados única y exclusivamente á extraer y chupar las gotas de felicidad que puede dar de sí este pobre planeta.

No poca admiración me produjo hallar en aquellos nuevos círculos que frecuentaba, á uno de mis antiguos compañeros de tresillo; aquel hombre severo, y al parecer, irreprochable, á quien yo creía un Caton, cuya edad madura le preservaba de toda sospecha, le ví encenegado en el vicio, rindiendo fervoroso culto á las tres grandes pasiones, las mujeres, el vino y el juego.

Aquel inopinado encuentrø me hizo formar una tristísima idea de la humanidad; necesario me fué abandonar la superficie, y abismarme en el fondo de la cloaca social, para empezar á comprenderla y abrir los ojos.

Llegó el invierno, acercóse el Carnaval, y esperaba yo, con mal conterida impaciencia, un billete de la condesa de Aleaga, invitándome á su baile anual. Azucena vivía aún en lo profundo de mi corazón y de mi pensamiento; reservábala un sitio privilegiado, el único adonde no había llegado aun el hálito inmundo del vicio que por todas partes me rodeaba.

Además (fuerza es confesarlo en honor mio), yo vivía en medio de aquella atmósfera infecciosa sin contangiarne; no me divertía. Sin rechazar los placeres, buscando, por el contrario, los sitios donde la locura y el libertinaje tenían un trono, diríase que era como mero espectador de aquellas escenas inenarrables.

Me embriagaba, sin lograr el olvido.

—Villamar tiene el vino triste,—decían mis amigos.

En aquel estado, acostumbraba á mezclar el nombre de Azucena con frases extrañas, que revelaban pensamientos confusos de ideales jamás realizados, tristeza eterna, ódio, esperanzas y quimeras imposibles.

Quería volver al baile de la condesa, recordar en aquel solitario banco del jardín el episodio más trascendental de mi vida, deseaba volver á soñar..., porque á veces me preguntaba, si aquello habría sido tan solo uno de esos sueños que marcaban el primer paso hacia la locura... ¡Y todo con una remota esperanza de volverla á ver!

¿Quién sabe? No son tan raros como se creen los presentimientos del corazón...

Pero llegó la época en que la condesa abrió sus salones, y éstos no se abrieron. No había vuelto á visitarla, é ignoraba que vivía desde pocos meses antes en Sevilla, donde exigió su presencia un asunto de familia.

Tuve que resignarme á ahogar, como otras muchas, aquella esperanza.

A lo que no podía resignarme era á la presencia de Rebolez; supuse que le vería con frecuencia en aquella sociedad, que necesariamente sería su campo de operaciones, y no me engaÑé. Era gran amigo de mis nuevos amigos; pero continuaba yo en la misma reserva con él; cuando nuestras miradas se cruzaban, parecía como si se cruzasen dos espadas. Nos odiábamos.

Preciso era ver el ascendiente que el tal Rebolez tenía sobre mis compañeros de francachelas, observar como sus opiniones eran acatadas, sus frases recogidas como sentencias, y sus actos parodiados servilmente, para comprender los puntos que calzaban aquella casta de pájaros.

Cuando ví á Rebolez *tallando* en casa de cierta madame Ernestina, casa de las más favorecidas por el mundo alegre, me expliqué de donde salía el dinero que aquél canalla derrochaba; primero extrajo el oro del filon de la condesa de Alcaga; acabóse aquella mina, y fué preciso buscar otra, explotando á los tontos, que con la sonrisa en los labios, se dejaban bonitamente desplumar.

Comenzaba ya á cansarme de semejante vida de desorden, que ningún resultado favorable había producido en mis proyectos de olvidar á Azucena, y volví los ojos, con el pensamiento, á aquella costa cantábrica donde me aguardaba un hogar tranquilo y solitario, brindándome sosiego y salud, que tambien se iba quebrantando. El incidente que voy á referir, me decidí á realizar este plan.

Cenaba yo una noche, con varios amigos, en un gabinete reservado del *restaurant* de *La Perla*. Habíamos comido opíparamente, y ya de sobremesa, mientras fumábamos

sendos habanos, pasábase revista á los acontecimientos palpitantes, sazonzando cada chiste ó noticia de sensación con grandes carcajadas; claro es que el tema principal, y casi único, eran las mujeres.

Entre los que rodeábamos la mesa, había un jovencuelo, cuya fisonomía recordé, sin mucho trabajo, cuando por primera vez me le presentaron; era el mismo mozalbe te que en casa de la condesa de Aleaga se escandalizó al oírme decir que yo no sabía bailar.

Llamábase Enrique, y á pesar de su aspecto de tonto remalado, no carecía de cierto ingenio y gracia para narrar sus aventuras galantes; en sus grandes y profundas ojeras amoratadas, en la palidez mate de sus mejillas, en lo anguloso de sus pómulos, y finalmente, en la fatiga con que parecía respirar, no bien intentaba hacer algún esfuerzo al hablar, adivinábase que sus pocos años no podrían resistir mucho tiempo á aquel sistema de vida: el vicio le tenía preso entre sus garras, condenándole á una vejez prematura, quizás á una muerte próxima.

—Quisiera yo saber, Enrique, —exclamó uno de los comensales, — cómo mil diablos te las compones para tener queridas tan guapas, y rodearlas de un lujo, cuyos gastos exorbitantes no pueden sostener tus exhaustos bolsillos. ¿Posees alguna varita de las virtudes?

—La única varita que poseo, —contestó el interpelado — es mi tío Meliton, que se encarga de pagar por mi esos pequeños gastos.

Todos se echaron á reír, menos yo que ignoraba (luego me lo dijeron), que el tal tío era un viejo avaro, incapaz de semejante esplendidez; pues si bien había amparado á Enrique cuando se quedó huérfano, intentando, en edad apropiada, hacerle seguir una carrera, que el joven rechazó, no le daba un céntimo.

—¿Os reis? —prosiguió diciendo Enrique.—Pues nada hay mas cierto. Mi tío Meliton y yo hemos constituido

tácitamente una sociedad, de que él es sócio capitalista y yo industrial.

—Explicanos ese enigma,—gritaron algunos de sus amigos.

—Allá vá: Hace un par de años, la fortuna, esa seductora cieguecilla que ignora á quien otorga sus favores, me tocó con sus alas. Fué en casa de Ernestina, y aquella noche se jugaba fuerte. Yo estaba algo mareado, jugué, doblé, volví á doblar... copé por último... ¡Cielos, que catarrata de billetes de Banco! No sabia donde meterlos... ¡fueron la base de mi fortuna!

«Discurriendo el mejor modo de dar colocación á mi capital, tropecé con unos ojos azules y dormidos que decidieron mi linea de conducta... . Sité en regla la plaza, y no tardé en tomarla por asalto... . No cabía en mi pellejo, de puro felices que éramos el pellejo y yo... . Aquella mujer valía un Potosí. ¡Qué formas! ¡Qué elegancia! ¡Qué suavidad!

—¡El tío! ¡el tío! —gritaron los oyentes.

—Ahora viene. Dos meses hacía que era yo poseedor de aquel tesoro, y la verdad, comenzaba á sentir inquietudes por lo futuro, viendo como mermaban mis fondos. El maldito juego á que recorrí desesperadamente, acabó de arruinarme y pasaba largas horas místico y alicaído, al lado de mi encantadora amiga, sin que con sus caricias lograra otra cosa que aumentar mi mal humor, temiendo perderlas muy en breve... , cuando hé aquí que una de esas noches suena la campanilla, abre la puerta la doméstica, y penetra como un huracán en el gabinete mi tío con tal oportunidad, que en aquel momento preciso estábamos Angela y yo (llamábase Angela aquella muchacha), hechos un par de tortolitos enamorados.

«Debo advertiros, antes de proseguir, que mi tío Meliton siempre ha procurado presentarse ante mis ojos como el prototipo de la formalidad y tiesura, predicándome á todas horas la moral más rígida, abogando por las buenas costumbres, emitiendo siempre ideas de orden y econo-

mía, etc., etc. Por lo cual comprendereis que su presencia en aquel sitio, provocada expreso para cogermé *in fraganti*, me llenó de turbación y sobresalto.

—¡Muy bien, caballero!—gritó como una fúria.— Perfectamente bien! ¡Inconmensurablemente bien! ¡¡Óptimo!! Estos son los estudios que usted hace; estas las academias que frecuenta; de este modo corresponde usted á mi desinteresada protección.

—«Pero, tío. —  
—«¡Aquí no hay tío! ¡Aquí no hay más que un juez inexorable, cuya sentencia no se hará esperar!... ¡Fuera de aquí gran tunante, perdido, crapuloso!...»

«Miré á Angela, que estaba consternada, agaché las orejas, y sin aguardar nuevas intimaciones, tomé el sombrero y las de Villadiego...»

—Pero todo eso ¿que tiene que ver?...—preguntó uno de los oyentes.

—Paciencia, que todo se andará,—exclamó Enrique, tomando aliento, y vaciando una copa de *champagne* para cobrar fuerzas.— Apenas desaparecí de la escena (según supe después por Angela), calmóse instantáneamente mi tío; dirigió una escrutadora visual (estilo de novelista), al gabinete que, sin modestia, parecía un nido de raso y flores, miró luego con cierta beatitud á la muchacha, y tomándola cariñosamente una mano, la dijo:

—«¡Pobrecita! Tan joven, tan hermosa... y engañada pérfidamente por el truhán de mi sobrino... ¿Y qué te regalaba ese pobrete?—preguntó, relevándome en el oficio de tórtolo.

—«Ya ve usted... —contestó ella, haciéndose la dengosa.— no era precisamente el interés lo que...»

—«¿Es posible? ¡Vaya, tu estás loca...! picarilla! Escucha; lo mejor que puedes hacer es no volverte á acordar más de semejante mocoso; yo te pasaré mesualmente una cantidad... la que tu señales... ¿eh?

—«Y á que viene tanta generosidad, señor?  
—«Eso viene á que... eres hermosísima, y me estás volviendo loco con esas miradas lánguidas ..»

»Aquí mi tío sazonó sus frases persuasivas con demostraciones de tan acendrado, aunque repentino afecto, que ella... ¡Oh, inconstancia femenina! no supo rechazar en honor mío.

»Aquella noche no ví á mi tío, y al siguiente día me confesó Angela lo ocurrido, con una sinceridad que se me subió á las narices; me sulfuré, quise hacer y acontecer, pero al fin me convenció, asegurándome que desde aquel momento era mi tía, que se proponía ser una excelente tía, cariñosa, condescendiente, lazo de unión entre mis bolsillos y los de mi tío... Esta última cualidad me pareció inapreciable, y en efecto, cuando me encontraba apurado, recorría á Angela, ésta catequizaba á mi tío, mi tío nada negaba á Angela, y Angela nada me negaba á mí.

—¡Soberbio!—exclamaron todos.

—Después de aquella, le tocó el turno á una florista, preciosa morena, que creo habeis conocido; llamábase Julia... No tardé en amueblar, con cierto lujo, una habitación para ella; mi tío sostenía dos casas sin saberlo. No habia transcurrido un mes, cuando cierta noche... ¡Paf! Segunda sorpresa, exacta repitición de la primera; hubo aquello de llamarme tunante, holgazán, perdido, etc; me arrojó de aquel lugar que él ocupó como conquistador de guerra, y entonces era Julia quien se encargaba de mis gastos menudos.

Sin duda mi tío se hará la misma pregunta que vosotros me hicisteis antes. ¿Como me las arreglaré yo para hacer esos milagros? Mi tío lo ignora, y yo tengo bien guardado mi secreto.

—Es un ente original,—exclamó uno.

—No lo creas,—dijo Enrique.—Es sólo un hipócrita y un sibarita, un comodón que no quiere tomarse el trabajo de buscar sus galanteos, y ha encontrado un famoso expediente, para hallárselo todo hecho. Mi tío es, como sabeis, corpulento, cachazudo, poltron... y no se avienen estas cualidades al trágico y actividad que desplegaría un jóven Tenorio, siempre dispuesto á correr las siete partidas, y

que en semejante faena halla la más agradable de las ocupaciones. Se expondría, además, á que sus respetables amigos le sorprendieran, siguiendo alguna pista, y .. ¡Oh, desdicha inmensa! No cambiaría él su fama de casto y virtuoso por todos sus millones.... ¡Qué diría el mundo al saber que el venerable D. Meliton Ochando y Lagasca está, sobre poco más ó menos, cortado por el patrón de su sobrino!

Cuando escuché el nombre de D. Melitón, acompañado de los dos apellidos, supe inmediatamente de quien se trataba. Le conocía mucho. Era otra de mis amistades del Casino, uno de mis antiguos compañeros de tresillo, divorciados del género femenino.

Decididamente me iba volviendo escéptico.

Las aventuras de Enrique fueron ruidosamente comentadas; todos hablaban á un tiempo.

—¡Quién tuviera un tío así!

—¡Excelente tío!

—¡Tío espléndido!

—¡Tío sin par!

—¡¡Archimagnánimo!!

—Recomiéndame á tu tío, Enrique.

—¡Préstamele!

—¡Yo mejor se lo robaría!

—¡Secuestrémosle!

—¡Silencio!—Tiene la palabra Enrique; que nos diga quien es la última destinada á la maravillosa suplantación...

—¡Todo queda en la familia!

—¡Silencio, digo!

—¿La última?—exclamó Enrique, cuya voz, enronquecida por la fatiga y el vino, apenas se oía ya.—La última la tengo escondida .. Comprendereis que mi tío me sigue la pista, para realizar una de sus famosas sorpresas... Pero aún no estoy maduro... ¡Rediablo! Disfruto de mi luna de miel... Además, ésta me tiene loco de amor...

—¡Claro! Es la última ..

—No por eso... ¡Si la conociérais! Y sobre todo, mis re-

laciones con ellas son debidas á un hecho originalísimo, y sin precedentes, que yo sepa, en los anales de Cupido.

—¡Explicáte, sobrino afortunado!

—Pues bien, se la debo al juego.

—¡Bah!

—Como lo oís; su anterior amante... ¿sabeis quién era su amante?

—No.

—Rebolez.

—¡Competente en la materia! Prosigue, Lovelace.

—Rebolez estaba tronado; yo conocía á la muchacha, y se la envidiaba; me propuso jugarla á una carta; acepté... Si perdía, me costaba la broma tres mil pesetas... Pero gané.

—¿Y cómo se llama esa sílfide?

—Nombre de flor; acertadlo.

—Rosa.

—Jacinta.

—Hortensia.

—Narcisa...

—¡Margarita!

—¡No acertais! Su nombre no creo que está en el Calendario; es nombre caprichoso, de batalla... Se llama Azucena.



## VI

Necesario es renunciar á describir ciertas emociones; el nombre de Azucena, sonando en mis oídos, después de aquel tegido de intrigas é indignidades, me hizo el efecto de un traumatismo en el alma, si vale la frase.

No sé lo qué pensé en aquel momento; quise hablar, y la voz espiró en mis labios; intenté levantarme, y me sentí amarrado al asiento, como si invisibles cadenas me sujetasen. Un velo se extendió ante mis ojos, y casi perdí la conciencia de mi ser, llegando á mis oídos la gritería de los alegres jóvenes como un rumor lejano.

Por fortuna, aquello duró un momento. Me serené, me dije que quizás no habría oído bien, y que aún cuando se refiriese á una mujer, llamada Azucena... ¿qué motivos había para creer que se trataba de la misma, cuyo recuerdo vivía conmigo?

— ¡Una palabra, amigo Enrique! — exclamé incorporándome á medias, y en voz bastante alta, para hacerme oír en medio de aquel galimatías.

Yo hablaba pocas veces, y sin duda por eso me hacían el honor de escucharme cuando tomaba la palabra. Reinó el silencio.

—¿Hé oído mal,—pregunté con voz no muy segura,—ó ha dicho usted que esa... joven se llama Azucena?

—Entendámonos,—me contestó Enrique, que estaba ya casi afónico.—Ya he dicho antes que este es su nombre de batalla, ¿comprendido, eh? Ignoro si se llamará Francisca ó Manuela... pero no sé quién la habrá comenzado á llamar Azucena, y le ha quedado el apodo. ¡Tanto dá!

Y haciendo una transición, siguió diciendo Enrique:

—¡Pero ahora caigo, que usted debe conocerla, de oídas, por lo menos.

—¿En qué se funda usted?—exclamé, sintiendo algo que me oprimía el corazón.

—Si mal no recuerdo, usted visita á la condesa de Aleaga... Sí, hemos hablado de ella alguna vez... ¿Asistió usted á su último baile de trajes el año pasado?

—Sí...

—Pues aquella noche hizo Azucena de las suyas, trastornando media docena, lo menos, de cabezas.

Fuere el mentís en los lábios..., pero logré dominarme.

Bien podría decir, como Bechquer, que *cayó sobre mí espíritu la noche*... Aquella mujer, aquel ideal, aquel sueño eterno de mis ilusiones... ¿era, pues, la querida de semejante necio! ¡Y lo había sido antes de Rebolez! ¡Y se la habían jugado á una carta!

Tuve que hacer titánicos esfuerzos de voluntad, para no arrojarme sobre aquel mentecato y ahogarlo entre mis manos...

Yo me había levantado... y debí mirarle con tales ojos de ira, de desesperación, de desprecio... de todo cuanto de repulsivo y colérico puede sentir un hombre hacia otro, que Enrique palideció intensamente, y se levantó también, retrocediendo ante mí algunos pasos...

Los demás nos miraban silenciosos, sin explicarse aquella pantomima; pero adivinando, á pesar de la turbación que en los cerebros produce el vino, que á mi me sucedía algo insólito y terrible...

—Escuche usted bien mis palabras,—exclamé pronun-

ciando las mias con lentitud y claridad. — Esa mujer.... esa Azucena de quien usted nos habla, es una desgraciada, uno de esos seres infelices, capaces de venderse por un puñado de oro al primero que se lo ofrece...; esas pobres mujeres viven en su mundo, se agitan en su esfera... y la virtud, aunque las compadece, las rechaza, por temor á mancharse con su contacto. La condesa de Aleaga jamás ha abierto las puertas de su casa á quienes de tal modo han pisoteado su honor. Hay en el mundo raras coincidencias... y por si tal vez existen dos Azucenas tan diferentes una de otra, como lo es la nieve inmaculada del fango... debe usted usar de más discrección, no mezclando para nada el honrado nombre de la condesa de Aleaga, cuando hable usted de sus queridas. Sirva de primera advertencia... y válgale por esta vez su mucho aturdimiento y su poca edad....

Tomé mi sombrero, y salí de aquel recinto cuya atmósfera me ahogaba. ... Me pareció que á mis espaldas se cuchicheaba, y aun creo que oí decir á media voz: — ¡Ese pobre Villamar está loco!

Tal vez tenía razón quien tales palabras dijo, ¿Quién sabe si estoy escribiendo las memorias de un loco? El hombre que se figura vive entre ángeles, cuando sólo demonios le rodean por todas partes; el que de tal modo siente el amor, el que se subleva contra todo lo que no sea justo, honrado y digno; el que odia el placer á secas de los sentidos, y busca en el alma la fuente de los más puros sentimientos; el Quijote incorregible... ¿no es un loco?

Yo lo era, sin duda; viviendo en la tierra, hundiendo mis pies en el lodo, no tenía ojos más que para mirar á lo alto, y cuando me obligaba la experiencia á contemplar frente á frente las monstruosidades humanas... rechazaba aquella visión como absurda, cuando lo absurdo estaba en mi modo de ver las cosas, en mi manera de juzgarlas.

¡Oh, qué excelente ocasión para curar de raíz aquella horrible enfermedad de mi espíritu! Azucena era una me-

retriz, una *cosa* jugada entre Rebolez y Enrique; aquel beso fué una migaja de festin que me regaló; sus palabras, pura comedia... ¿Podía yo seguir adorando á semejante mujer?

¿Y qué era la condesa, de quien me constituía paladín, no bien se presentaba ocasión para ello? Recordaba perfectamente mi última entrevista con ella, tenía grabadas en mi memoria las mismas frases que acerca de Azucena me dijo: «Es casada.... Fué un matrimonio impuesto... Hubiera amado á usted con locura, si sagrados deberes, que jamás olvidará, ni dejará de cumplir, no le impidieran entregarse á ese amor.

Si *mi máscara* y la Azucena de Enrique era una misma, fuerza es confesarlo, la condesa caía también del pedestal en que sus aparentes virtudes la habían colocado. Yo había sido juguete de las dos.

Todo aquello me parecía monstruoso, inverosímil; mi alma entera se resistía á aceptar aquel desengaño...

Sin darme cuenta de ello, me encaminé hacia mi casa; ya hacía mucho tiempo que no me retiraba tan temprano. Tiré con fuerza del cordon de la campanilla, aguardé un rato á que Francisco abriera la puerta, volví á llamar..., y por fin, oí la voz del muchacho que me hablaba por el ventanillo.

—¡Abre, soy yo!—le dije.

Pero ni por esas se abrió la puerta, y por tercera vez, ya colérico, volví á agitar la campanilla.

Cuando Francisco me franqueó la entrada, me pareció que no se sostenía bien sobre sus piernas, y que apestaba á aguardiente; luego, al entrar en mi despacho, percibí, al final del pasillo, un bulto femenino, que, procurando recatarse, abrió, sin ruido, la puerta de la escalera, y desapareció...

Tentado estuve de obligar á Francisco á seguir igual camino, pero le perdoné inmediatamente. No tenía él la culpa de aquello, la tenía yo. ¡Tal amo, tal criado!

Durante algunos dias no salí de mi casa apenas, y des-

pues de reflexionar mucho acerca del último acontecimiento referido, en que el nombre de Azucena promovió en mi cerebro tal cúmulo de suposiciones y dudas, resolví aclarar el enigma, teniendo una entrevista con la condesa, cuyo regreso á Madrid se había ya efectuado.

No entré en su gabinete de confianza en el mismo estado de ánimo que algunos meses antes; entonces acompañábame la esperanza, ahora el abatimiento. Iba, sin embargo, decidido á abordar la cuestión de frente, y aunque sabía que, en asuntos de aquella índole, disimular era vencer, me repugnaba la hipocresía, no cuadraba á mi carácter franco y abierto esas escaramuzas y emboscadas de que se valen los ya curtidos en las lides sociales.

La condesa, al verme entrar, me tendió la mano, sonriéndome, con su acostumbrada amabilidad, y me señaló un asiento á su lado. Sin duda notó la frialdad con que la saludé, ó quizás advinó por mi semblante la amargura y disgusto que me dominaban.

Hubo un momento silencioso, que rompió ella diciendo:

—Con usted, mi buen amigo, de nada sirve eso que llaman diplomacia, porque es usted el *rara avis* de la ingenuidad. Algo grave me proporciona la dicha de verle. ¿Me engaño?

—Quizás no, si me hace usted el honor de conceder gravedad á lo que generalmente se considera baladí y de escasa importancia. Pero usted misma lo ha dicho, tengo la desgracia de ser una excepción.

—Ya me tiene usted muerta de impaciencia. ¿De que se trata?

—De saber, señora, si al considerar á usted siempre como una buena y verdadera amiga, incapaz de reirse de mi extraño carácter, y menos aún, de jugar con mi corazón confiado y leal para usted...; si al creerla á usted digna de la más pura y verdadera de las amistades me me engañaba ó nó.

Al oír aquel *exabrupto* (lo fué sin duda), palideció in-

tensamente la condesa, y se retrató en su fisonomía el mayor de los asombros; me miró, como veía yo que otros me habían ya mirado, con ojos que preguntaban si estaría yo loco.

Cuando recuerdo aquella escena, sufro. Estuve verdaderamente brutal, porque la franqueza tiene sus límites, como todo, y la relación de Enrique era solo un dato en contra de la condesa, pero no una prueba irrecusable que la condenase sin defensa ni motivo bastante, para arrojarle á la cara tan duras frases.

—Me ha ofendido usted cruelmente, —me dijo, después de una pausa, y con voz apagada, —pero le perdono, sí; le perdono de corazón por que veo que sufre usted.

Al oírlo con que pronunció aquellas palabras la condesa, me conmoví profundamente, y sentí gran pesadumbre de haber emitido mis dudas de un modo tan descarnado; no supe que contestar, é incliné avergonzado la cabeza.

—Ahora bien, —continuó ella. —¿Me será permitido saber en qué he podido ofenderle?

Esta pregunta volvió á resucitar mis dudas, trayendo á mi memoria el diálogo sostenido en aquel mismo gabinete poco después del memorable baile.

—Señora, exclamé, he colocado á usted siempre tan alta en mi aprecio, que me he resistido á creer que pueda ser exacto lo que ha llegado á mis oídos... Si ha sido una vil calumnia, ¡plegue á Dios que lo sea! es la calumnia, en su esencia, cosa tan terrible, que, cuando menos, hace brotar la duda en el alma. Hablemos con calma, condesa, y sea usted tan buena que olvide y perdone mis primeras frases... Créame usted, yo soy un enfermo, soy un niño que no sabe vivir en el mundo... ¡y ojalá nunca hubiera vivido en él! Yo he nacido para la soledad, para no tener más compañía que mi pensamiento, puesto que ni sé querer á medias, ni sé transigir con ciertas cosas que todo el mundo juzga naturales y corrientes... Estoy perdiendo el tiempo en digresiones inútiles... ¿Puede usted darme algunas noticias de Azucena?

Nuevo asombro se pintó en los ojos de la condesa.

— Creí, — me contestó, — que habíamos hablado ya de ella la última palabra, y...

— Aún está la primera por decir, — la dije, interrumpiéndola. — Si por motivos, que ni me interesan, ni trato de investigar, abrió usted á esa mujer las puertas de esta casa para que la fatalidad la atravesara en mi camino; cuando confié á usted el secreto de mi amor; cuando deposité en usted toda mi confianza, descubriendo mis sufrimientos, mis locas ilusiones, mis esperanzas; usted, condesa, el único sér á quien abrí mi corazón, ¿no debió entonces confesarme, con la misma lealtad, que aquella mujer era una aventurera, indigna de inspirar una pasión tan elevada y noble como la mía!

— ¿De quién habla usted, caballero? — exclamó la condesa, levantándose indignada.

— De Azucena, de aquella misteriosa máscara que me enloqueció...

— Cuando se trataba de mí, pude perdonar, porque realmente me inspiraba usted lástima; pero las odiosas palabras que acabo de escuchar encierran tan imperdonable ofensa, tan horrible calumnia. para el sér más querido de mi alma, la joven más virtuosa y digna de ser respetada, que desde ahora declaro á usted, caballero, mi inquebrantable resolución de no dirigir jamás la palabra á quien de ese modo acaba de insultarla ..

Y con mesurados pasos, roja de indignación, dirigióse hacia la puerta.

¡Así era yo! Tenía el raro privilegio, nada envidiable, por cierto, de provocar semejantes escenas, lo mismo en las orgías del vicio, que en el santuario de la virtud. Los extremos á que me arrastraba mi carácter, eran funestos en todas partes, con toda clase de personas, y es que las formas sociales, si mucho tienen de pérfido y engañador, mucho tienen de conveniente y humano. ¡La forma sirve para vivir en sociedad! Socorred á un mendigo, llenándo-

le al propio tiempo de insultos, y os rechazará la limosna....

Al escuchar las frases de la condesa, por segunda vez, en poco tiempo, me sentí profundamente arrepentido de mi ligereza...; pero en cambio... ¡que dulcísimo consuelo penetró en mi corazón! La verdad se impone por sí sola, y en el acento con que me habló la condesa, comprendí que no mentía...

Todas estas ideas cruzaron rapidísimamente por mi cerebro, y antes de que mi amiga tuviera tiempo de abandonar la estancia, me precipité á su encuentro, y así una de sus manos, estrechándola con efusión entre las mías. Ví entonces sus ojos humedecidos por las lágrimas.

—¡Perdón!—la dije, doblando una rodilla.—Perdón mi única y verdadera amiga... Nó he sido yo quien ha insultado á Azucena.... ¿cómo podría ser eso posible, si aún creyéndola impura y degradada, no dejé de adorarla un momento? ¡Ah! Yo juro á usted, por mi honor, que lavaré, aunque sea con mi sangre, la ofensa cometida.... ¡Adios, perdóneme usted!



## VII

Cuando salí de casa de la condesa de Aleaga iba ya con el firmísimo propósito de descubrir, sin reparar en medios, al autor de aquella repugnante intriga .. Consulté mi reloj, y vi que era ya hora de comer. ¿Pero cómo hacerlo, ni para qué, si me alimentaba la inmensa colera de que estaba poseído?

Necesitaba primero hablar con Enrique; adivinaba yo que aquel desdichado vicioso no era la cabeza, sino el brazo, el instrumento de que otro se había valido para realizar aquella hazaña. Enrique vivía con su tío, y yo no ignoraba que el tal tío, D. Melitón, aquel buen señor, que se pasaba la vida, á ratos, persiguiendo los trapicheos de su jóven pariente, y á ratos, predicando sermones de moral en el Casino, vivía en una hermosa casa de su propiedad, situada en la calle de la Greda.

Tuve la fortuna de hallar á Enrique solo. El imberbe calavera quiso negarse á recibirme; pero oí sus tos característica, y apartando al criado que defendía la entrada de su cuarto, penetre en él.

Cuando Enrique me vió aparecer, trastornado como estaba yo aún por mi visita á la condesa, advirtió en mi semblante algún síntoma que le hizo estremecer; yo pro-

curé presentarme tranquilo, y exclamé, con tono afectuoso, para desvanecer sus temores:

—Mucho me alegro hallar á usted en su casa, mi buen amigo.

Le alargué la mano, sonriendo, y él me la estrechó, aliviando su pecho con un profundo suspiro de satisfacción, al convencerse de que venía en son de paz.

—¿A que debo el gusto...?—tartamudeó.

Bien á mi costa, comenzaba yo á saber disimular mis intenciones, y contesté con la más perfecta naturalidad, después de aceptar un asiento que me ofreció:

—Debo á usted una satisfacción, querido Enrique, por las palabras, un tanto duras, que le dirigí la última noche que nos vimos...

—Reconozco que la falta estuvo en mí, —se apresuró á exclamar el jóven, —debí haber tenido presente que usted amaba á Azucena, y que el amor no admite rivalidades...

Quedé sorprendido, absorto, al escucharle, ¿era posible que aquel necio hubiera podido leer en el fondo de mi alma? Observando él mi asombro, se sonrió diciendo:

¡Que diablo, eso no es un secreto para ninguno de sus amigos! En nuestras francachelas, cuando se le suben á usted á la cabeza los vapores del vino. ¿qué otro nombre que el de Azucena pronuncian sus labios? Es la constante manía de usted.

—Bien, supongamos que eso algo significa, —dije, queriendo llevar la conversación á terreno menos escurridizo. —Hablemos, si á usted le place, del asunto que me ha traído aquí.

—Me tiene usted á su disposición.

—Creo que aquella noche habló usted de buena fé...

—¡Oh! no debe usted dudarle.

—No lo dudo; pero por lo mismo, deseo saber ciertos detalles referentes á los motivos que usted tuvo para expresarse de aquel modo acerca de Azucena.

Enrique inclinó la cabeza, y pareció vacilar antes de contestarme; por fin me dijo:

—Señor Villamar; preciso me será confesar que he sido un cándido, un babeiaca... ¡Mil diablos colorados! A un hombre siempre le cuesta algún trabajo hacer ciertas confesiones, sobre todo, cuando se tiene la suerte de ser algo afortunado con las mujeres... Pero fiando en la discreción de usted, se lo voy á contar todo... La noche en que referí mis aventuras galantes, cuyo epilogo hizo usted, cuando nos abandonó, despues de... de decirme ¡vamos! que quizás estaba yo equivocado, todos mis amigos me aconsejaron que enviara á usted mis padrinos... Pero á mi no me gusta obrar de ligero en ciertas cosas, sobre todo, cuando se trata de personas tan comedidas y formales como usted... Ante todo, era preciso averiguar quien de los dos tenía razon. Yo recordaba, que al pagarme Rebolez su deuda de juego, me reveló por vez primera que el nombre de la muchacha era Azucena. ¿Qué tenía esto de particular? ¡Nada! Le recordé entonces la Azucena del baile de la condesa de Aleaga, y él me dijo con mucho misterio: «Es la misma», refirién tome luego una historia de ella, cuyas peripecias y pormenores ingeniosos hacen mucho honor al talento é inventiva de Rebolez, porque todo ello fué pura novela. Yo me tragué el anzuelo, hice mal, lo confieso; debí suponer que nuestra respetable amiga, la condesa de Aleaga, na era capaz de recibir en sus salones á semejante aventurera... ¡Pero se ven tales cosas en el mundo! Además, la querida de Rebolez era alta, rubia, blanquísima, bien formada, lo mismo que la otra Azucena, la máscara, cuyo semblante ocultaba un antifaz negro. En una de mis primeras entrevistas con ella, la hablé de la condesa, y me aseguró que la conocia, y la visitaba algunas veces; pero como no soy curioso, ni me interesaba gran cosa averiguar si aquello era cierto... dejé correr la bola, y no volví á hablarle del asunto. Hé aquí, señor Villamar, todo lo que sabia de esa mujer antes del disgusto que me proporcionó mi ligereza en creer lo que Rebolez y esa muchacha me contaron,

—¿Y después?—pregunté con ansiedad.

—Hoy se ya á qué atenerme, gracias á no sé qué pique habido entre Rebolez y ella; la indiscrección es, como usted sabe, la parte flaca de las mujeres, y no me costó gran trabajo que ésta me descubriera la tramoya urdida por Rebolez ignoro con qué objeto. Exigió de ella que desde que entrase en relaciones conmigo, cambiaría su antiguo nombre de Justina por el de Azucena; la dió algunos pormenores de los bailes de la condesa, y la indujo á engañarme, haciéndome creer que era la misma hermosa máscara á quien todos llamábamos Azucena en casa de la condesa...., ¿A qué obedecía aquel plan? Lo ignoro; á mi no me interesaba gran cosa el descubrir la verdad...., pero en vista de que usted tomaba con tanto calor la defensa de la verdadera Azucena, tengo una gran satisfacción en asegurarle que nada tiene que ver Justina con la tapada del baile de la condesa, y desde luego retiro cuanto en su ofensa he podido decir.

--Gracias, Enrique,— exclamé, levantándome.— Estoy ya al corriente de cuanto necesitaba saber; veo que no es usted culpable de nada.

El joven puso una mano sobre su pecho, como protestando de su sinceridad.

Nos despedimos como buenos amigos, y yo me dirigí á mi casa, llevando en mi cabeza un mando de ideas.

No en vano me gritó el corazón la vez primera que ví á Rebolez: ¡Ese hombre es un canalla! Todo se presentaba entonces ante mis ojos claro y evidente, y si en mi entrevista con la condesa hubiera sabido dominarme y aparentar calma, no precipitando los acontecimientos, quizá ella también me habría ayudado á descubrir las tenebrosas maquinaciones del odioso Rebolez.

Era evidente que Rebolez, enterado de mi loca pasión por Azucena, había querido satisfacer su odio hacia mi, hiriéndome de un modo que las leyes humanas no saben castigar.

Sólo yo debía ser juez de aquella causa; un choque entre Rebolez y yo era inevitable; pero necesitaba, ante todo,

ocultar el móvil que me impulsaba á provocar un lance con él. En poco tiempo había cometido multitud de torpezas, exponiéndome á la crítica mordáz y despiadada de aquéllos libertinos degradados, incapaces de comprender y apreciar lo que de noble y elevado había en mis acciones.

Era preciso no mezclar para nada el nombre de Azucena en aquel asunto; de nuevo comprendía yo la necesidad de guardar como un avaro mis pensamientos, poniéndome la máscara, como en la sociedad hacen todos.

Desde aquel día procuré frecuentar los sitios adonde acostumbraba á ir Rebolez; alguna vez nos encontramos en el mismo círculo de amigos... nuestras miradas se cruzaban con la misma expresión de ódio; otras veces me parecía ver jugueteando en sus lábios una sonrisa cínicamente insultante; pero aunque de buena gana me hubiera arrojado sobre él para abofetearle ó escupirle en la cara, supe siempre contenerme porque aun no había encontrado una ocasión propicia, un motivo aparente y justificado para realizar aquel acto que con tanta impaciencia esperaba yo, y quizás también él.

Por mi parte, estaba cambiado; eso decían mis amigos.

Nunca me habían visto tan alegre, tan decididor, tan dispuesto á aceptar cuantas proposiciones se me hacían cuando se trataba de disfrutar del mundo; así logré que se desvaneciera todo recuerdo de mi incidente con Enrique, quien, por su parte, guardó el secreto de mi visita á su casa, y no volvió á hablarme jamás de Azucena.

Una noche me hallaba yo en casa de Ernestina; todos los de mi pandilla nos habíamos refugiado en aquel elegante tugurio, huyendo de la inclemencia del tiempo; había nevado copiosamente, y el Guadarrama enviaba á la corte un viento glacial insoportable.

En casa de Ernestina se pasaban muy bien noches como aquella; disfrutábase allí de una temperatura de verano, había mujeres hermosas y alegres, se cenaba espléndidamente, se hablaba, se cantaba, se reía...

Allí vi por primera vez á la Azucena de Enrique, es decir, Justina; y me bastó observarla un momento, hablar con ella cuatro palabras, para quedar plenamente convencido de que no me había engañado, y de que aquella mujer, sin ingenio, sin ilustración, sin encanto alguno, é no ser sus facciones agradables, pero vulgares, y su cabellera de un rubio dorado, ninguna semejanza moral ni física tenía con mi inolvidable Azucena.

La vista de aquella mujer me encendió en nueva ira contra Rebolez; no ignoraba yo donde era seguro encontrarle, y enpujando una mampara, me encontré en el gabinete de juego y frente á frente á aquel hombre aborrecido.

Al penetrar yo en la estancia, arrojaba Rebolez sobre el verde tapete un par de cartas, exclamando, con voz desagradable, la rutinaria frase de banquero:

--Sin gallo. Hagan juego.

La partida era animada; rodeando la mesa, había multitud de jugadores, y muchas manos depositaron en ella monedas y billetes, oyéndose á cada momento las indicaciones de anos y otros dichas en ese tecnicismo ó *jerga* incomprendible para el no iniciado en las costumbres y reglas de la banca.

—Soy rey con este billete.

—¡Al ás!

—¡Va muerto el caballo!

—¡Estos cinco á la sota!

—¡Sota y rey!

—¡Salen tres duros!

Y sonaba la plata, como si se estuviera en alguna pagaduría ó casa de giro.

No apartaba mis ojos de Rebolez, quien por su parte tenía toda su atención fija en lo que se hacía y manipulaba sobre la mesa; no sabía de qué medios valermé para provocar con él un altercado.

El juego continuaba sin interrupción, se cobraba, se pagaba, comentábanse las jugadas, se volvían á colocar nue-

vas cartas sobre la mesa; los que perdían, se marchaban, los gananciosos, querían más, y parecían atados á la mesa.

De pié, á mi lado, apoyándose sobre los que había delante, y estirando el pescuezo, para no perder de vista las cartas, había dos jugadores de poco fuste cuyas puestas no excedían jamás del *minimum* allí admitido; una moneda de cinco pesetas.

Eran dos viejos perdidosos, que gruñían invariablemente, cada vez que la fortuna les era adversa.

Acerqueme aún más á ellos, con disimulo, y oí el siguiente diálogo, en voz baja:

—¡Es particular!...¿Se ha fijado usted?

—¿En qué?

—Van ya cinco tallas, en que sale siempre la carta menos cargada.

—¡La banca está de suerte!

—Me río yo de eso; esa persistencia... tantas casualidades...¡Juraría que no se juega limpio! Fíjese usted; ahora es el seis el cargado...¿qué apostamos á que sale la contraria?

Un instante de silencio siguió á esta interrogación no contestada.

—¿Lo vé usted? El seis ha perdido...

En aquel momento se me ocurrió una idea, y exclamé de pronto en alta voz, de modo que todos me oyeron:

—¡Hay aquí quien sospecha que no se juega limpio!

Al escuchar aquellas palabras, todo el mundo volvió sus ojos hácia mí; los dos viejos gruñones se apresuraron á ponerse en salvo, desapareciendo detrás de la mampara. Rebolez levantó súbitamente la cabeza, y al conocerme, se quedó lívido; la cólera le rebosaba por los ojos.

—¿Y quién se atreve á sospechar eso, caballero? me gritó con voz temblona, en medio de la expectación general.

—¡Yo lo sospecho! —le contesté imparable.

Rebolez quiso arrojarse sobre mí; pero la mesa se inter-

ponía entre nosotros, y antes de que tuviera tiempo de dar la vuelta, le detuvieron muchos brazos. Se produjo gran confusión, todos hablaban á un tiempo, y como siempre sucede, se formaron dos bandos: los que ganaban, salieron en defensa de Rebolez; los que perdían, me daban la razón, y en tanto él pugnaba por libertarse de los que le sujetaban, mientras yo, mudo y sombrío, con los brazos cruzados, observaba aquella escena con aparente calma.

—Señores,—exclamó por último Rebolez, que de pálido se había vuelto rojo, sofocado por los inútiles esfuerzos que hacía.—Esta es una cuestión particularísima entre ese hombre y yo. Es preciso que nos entendamos á solas.

—No tengo inconveniente,—le dije.

La concurrencia, ya más calmada, comentaba el hecho; un nuevo banquero reemplazó á Rebolez, y haciéndome éste una significativa señal, salimos de la sala de juego.

Algunos de los presentes intentaron seguirnos; pero no sé que les dijo Rebolez en voz baja, y nos dejaron solos.

Sin despedirme de nadie, tomé el abrigo, bajé las escaleras, y me encontré en la calle, cubierta por una espesa capa de nieve. No tardó en reunírseme Rebolez,

Nos miramos frente á frente.

—¡Esperaba este momento! —me dijo en voz baja, y con mal disimulada ira.

—Yo también lo esperaba,—contesté, poniéndome en guardia, pues creía á aquel hombre capaz de todas las felonías y traiciones.

—Hace mucho tiempo que odio á usted,—continuó él,

—¡Rara coincidencia! Igual que yo.

—Sin habernos jamás hablado.

—Jamás....

—Usted es mi sombra funesta.

—Creo,—le interrumpí,—que podemos evitar palabras....

—Sí, ya tendremos ocasión muy pronto de hablar por boca de dos pistolas; pero no quisiera matar á usted sin decirle todo cuanto le odio..., y que conozco perfecta-

mente el móvil que le ha impulsado á insultarme, provocando un lance de honor...

—¿De honor... y con usted?

Ibamos calle adelante, á un metro de distancia uno de otro; la nieve amortiguaba el ruido de nuestros pasos, y á semejante hora (eran las tres de la mañana), ni un solo transeunte cruzaba por aquella desierta y helada calle.

Al escuchar mis últimas palabras, se detuvo Rebolez mirándome con ojos que parecían echar lumbre

—Está bien,—murmuró, conteniéndose, y volviendo á emprender la marcha —A su tiempo, lavaré con sangre esos insultos; pero escuche usted: Yo administraba los intereses de la condesa de Aleaga, hacía en su nombre operaciones de bolsa, en las que llevaba parte, amaba á aquella mujer..., y de pronto, surgió usted entre ella y yo como un ángel malo, impidiéndome realizar mis propósitos, desbaratando aquel matrimonio, único medio de reparar mi fortuna, ¿Qué la dijo usted? lo adivino; lo sé como si hubiera estado detrás de la puerta escuchando la conversación. Me retiró su confianza, me arruinó; todo eso debo á usted. Más adelante puse en otra mujer los ojos, aquella mujer, hermosa y rica, rechazó al principio mis pretensiones; pero mi constancia comenzaba á vencerla... cuando usted se interpuso en mi camino, y se hizo amar de ella, si bien solo por una noche...

—¡Yo!

—Sí... ¿Sabe usted con qué nombre se la conocía en los bailes de la condesa?

—Adivino á quien se refiere... pero no pronuncie usted su nombre, porque me parece que se mancha en sus labios...

Rebolez lanzó una carcajada irónica...

—Veo que no me habia engañado... es usted el espíritu de Platón, reencarnado en el siglo XIX.

Me tocó á mi vez el turno de detenerme, era imposible continuar aquella conversación, y sentía que mi inteligencia iba poco á poco oscureciéndose, ahogada por la cólera...

—Ella desapareció para usted, —continuó, — no ha vuelto usted á verla...; pero seguía usted adorándola en silencio, menos cuando el Jerez ó el Champagne, infalibles descubridores de secretos, le hacían pronunciar su nombre acompañado de innumerables galas poéticas... Yo sabía todo eso... y logré tomar una venganza sabrosísima... ¡Todo el mundo sabe que Azucena fué mi querida.

—¡Miserable! —grité yo sin poderme contener — ¡Sé cómo ha querido usted dar visos de verdad á esa infame calumnia! ¡Sé quien es Justina... pero jamás el cieno pudo compararse con el rocío!...

Me dirigí hacia él, loco de furor.

—¿Lo sabes todo? —sclamó, retrocediendo algunos pasos. — ¡No importa... estoy satisfecho, porque he logrado mi deseo de herirte en el alma; pero eso no basta, quiero matarte, porque te odio... te odio!...

No sé cómo me vi forcejeando con él brazo á brazo: mi memoria no ha podido retener los detalles de aquella lucha... Rodamos por el suelo, estrechamente abrazados, revolcándonos en la nieve... Conocí que aquél hombre era superior á mí en fuerzas... me ahogaba... Luego sentí como si me atravesaran el pecho con un puñal de hielo Intenté incorporarme... Rebolez huía precipitadamente ... A lo lejos, junto á una es quina, ví la macilenta luz de un farol; era, sin duda, un sereno,

Luego se cerraron mis ojos, y se nubló, por completo mi inteligencia.



## VIII

Por segunda vez escapé á las garras de la muerte, no logré el puñal asesino arrancarme aquella vida que casi me estorbaba, como estorba y molesta todo cuanto nos produce dolor físico y moral...

El amor á la vida es natural en aquellos afortunados, para quienes se presenta el mundo como un sendero de flores, no para los que como yo caminaban entre espigas, sin horizontes ni esperanzas de alcanzar el deseado fin.

Cuando tuve conciencia de mi ser, cuando recordé la horrible escena que me puso á dos dedos de la fosa, me dejé cuidar y asistir con indiferencia, sin desear alivio, sin pedir nada, sin pensar en mis dolores...

El juzgado recibió mi declaración, no bien el facultativo que me asistía lo creyó oportuno; no dije nada nuevo, me habian hallado en la via pública desangrándome, casi cadáver, y recayeron sospechas vehementes sobre el agresor, despues que; minuciosas indagaciones, llevaron á los agentes de la autoridad á casa de Ernestina.

No fué posible hallar á Rebolez; desapareció, como si la tierra se le hubiese tragado.

El pobre Francisco, inconsolable mientras duró el peli-gro, llorando sin cesar como una criatura, se entregó luego á los más frenéticos transportes de alegría, cuando el médico le aseguró que podía considerárseme salvado; aquel día, despues que me hizo beber una gran taza de succulento caldo, se arrojó sobre mí, me abrazó, me besó en la cara, y huyó luego como avergonzado de aquellas libertades que se tomaba.

En poco estuvo que no me echara yo á llorar; de tal modo me conmovió la acción del fiel muchacho.

Supe que la condesa se habia enterado diariamente de mi estado; ya personalmente, haciendo parar su carruaje á la puerta de mi casa. ó bien enviando un criado.

Una tarde, estando ya convaleciente, recibí una carta suya. en que me decía;

«Mi buen amigo: Mil enhorabuenas; se las envió de co-razon. Sé que está usted ya casi por completo restableci-do. Mi presencia en Sevilla es necesaria, y mañana em-prendo el viaje... ¡Cuán de veras siento marcharme, sin darle antes un cariñoso apretón de manos! Le hubiera di-cho cosas que le avergonzarían .. La felicidad, pobre ami-go mio, no se hizo para usted; sólo la religión puede ex-plicar el hecho de que sea usted el sér más noble, más bueno y más acreedor á la dicha .. sin que logre usted ha-llarla en el mundo... Pero hay algo, sin duda, después de esto... y Dios al conceder á sus predilectos la gloria de conocerle, les dá toda una eternidad de dicha. Sírvale esto de consuelo.

»Adios, mi querido, mi inolvidable Luciano.

ADELA.»

Aquella breve misiva produjo en mí dos efectos: el pri-mero quitarme toda esperanza respecto á Azucena; no sólo evitaba en la carta poner su nombre, sino que hasta parecía augurarme que jamás sería feliz con su amor.

La segunda parte de la epístola, impregnada de espíritu religioso, animándome á confiar en Dios, llena de consue-

lo, prometedora de bienes eternos, en recompensa de los males sufridos aquí abajo, no diré que me convirtieron por completo, por que lejano, muy lejano el recuerdo de mi madre, que me enseñó á orar, caí en profundo olvido de las prácticas religiosas, y acabé por creer (sin afiliarme á ninguna escuela filosófica), que lo divino jamás intervenía en lo humano; no me convirtió, vuelvo á repetir, la carta de la condesa; pero me puso en condiciones de volver á creer lo que de niño se cree con la hermosa fé de la inocencia.

Nadie más que yo necesitaba aquel consuelo; cuando el mundo nos deja, ¿como no volver los ojos á Dios.

Recuerdo un diálogo que, comenzando á versar sobre este asunto, sostuve con Francisco; le incluyo en mis memorias, por lo original del caso, que por cierto, me hizo reír de todo corazón...; fué un destello de fugitiva alegría, en medio de mi continuo mal humor.

—¿Tu oyes misa, muchacho?—le pregunté.

Francisco se rascó dos ó tres veces detrás de la oreja, como siempre que se hallaba apurado.

—Pues... sí, señor; es decir, la oía.

—¿Y ahora, no, tunante?

—Diré á usted, señor; la verdad.. ¿Se acuerda usted cuando me prometió muy formalmente que nos iríamos á vivir para siempre á Astúrias?

—Sí, me acuerdo. Adelante.

—Pues hasta aquella fecha fuí yo un santito; puede usted creerme, y hasta me confesaba... pero después, cuando todo se lo llevaron los diablos, y no hubo ya viaje, y nos quedamos en este maldito Madrid... no sé como empecé á hacerme judío... Luego, como estaba solo la mayor parte del día y de la noche... me aburría mucho y me hice amigo de Mil hombres..

—¿De mil hombres!

—Sí, señor; es un mote que le han puesto á un torero que vivía ahí enfrente, en el cuarto piso; él era muy aficionado á empinar el codo, y á lo tonto y á lo tonto me

enunció en el vino. ¡Por vida de!... Al principio no me sentaba bien, tenía cada noche una indigestión, otras veces vomitaba; pero me fui *jaciendo*, como decía Mil-hombres, que nunca pagaba, y eso que el condenado bebía por mil; me fui *jaciendo*, y lo más que me sucedía, era que me daba por cantar y echar chicleos á las rapazas de la vecindad... ¿Quién diablo se acordaba entonces del señor cura, ni de la misa? Hasta me alegraba de no haberme marchado de Madrid... pero... ¡Por vida de!...

Francisco volvió á rascarse detrás de la oreja.

—Prosigue, muchacho, —le dije con tono afectuoso.

—Es que hay cosas que no deben decirse á los amos...

—Yo te permito que me lo digas todo, y hasta te lo mando...

—Pues bien, todos mis ahorros se iban consumiendo en la taberna, hasta que una noche me dijo la Blasa. Eres un primo, y Mil-hombres te está chupando hasta el tuétano... ¡Por vida de!...

—¿Quién es la Blasa?—le pregunté.

—Pues la Blasa es, ¡toma! si todo el mundo la conoce. Esa que vocea los décimos en la *amenistración* de loterías de la esquina. Ella, vamos al decir, no es fea, y de una palabra en otra, fuimos allá, muy allá... ¡Vamos, que para ser el primer cortejo, me salió el tiro por la culata, como dicen! Ya no iba tanto á la taberna, y ¡por vida de!... Mil-hombres me tomó ojeriza, y más cuando me pidió cinco duros y no se los dí. El dinero me lo gastaba entonces en décimos de lotería, y en cada propina á la Blasa que cantaba el credo. Una vez ¡paf! me tocaron *cuatro mil reales*, y como siempre íbamos de *vaca* mi novia y yo, le dí cien duros como cien soles. ¡Daba gloria ver tanto dinero junto! Con los otros cien duros hice no sé cuantas barbaridades, le compré á la Blasa una sortija, unas botas imperiales, y qué sé yo cuantas cosas, y seguía comprándole décimos á porri'lo, cuando un día ¡paf!

—¿Te volvió á caer la lotería —pregunté á Francisco.

—¡Ay! No señor, —contestó él, con cómica tristeza.—

¡No fué mala lotería aquella! La atrapé con Mil-hombres en su misma casa.....

Al escuchar aquel equívoco, solté la carcajada

—¿Y qué sucedió, muchacho?

—Pues casi nada, que como tengo buenos puños, le fuí á agarrar por el pescuezo, ¡por vida de!... pero él dió un salto, como si fuera á saltar la barrera, y me arreó un trancazo en la cabeza, tumbándome patas arriba...

—¡Pobre Francisco!

—Vea usted la señal, aún me dura... Pero no sabe usted lo más raro.

—¿Qué fué?

—Que esto sucedió el mismo día de la noche en que me le trajeron á usted medio muerto; por eso no vi á usted que estaba yo descalabrado... Pero lo mio no valía nada, y cuidándole á usted, se curó ello sólo.

A quel relato de Francisco, me hizo pensar acerca del paralelo que había entre sus aventuras y las mías; los dos, cada uno en nuestra esfera, habíamos aprendido á distinguir la diferencia que va de un sistema de vida honrado y tranquilo, al que conduce y arrastra á males sin cuento.

El resumen de estas reflexiones correspondió á Francisco, que me dijo, viéndome callado y pensativo:

—Convénzase usted, señor; si cuando me dijo usted: nos vamos al pueblo, lo hubiéramos hecho ¡por vida de!... usted se ahorra tres meses de cama, y yo una descalabrada, sin contar con que á estas horas tendría en mi baulito los ahorros que se me llevaron entre Mil hombres, el tabernero y la pícara Blasa.

Yo tomé cariñosamente una de sus manos.

—No pases pena por eso último, —le dije, —porque mientras yo viva, no te ha de faltar nada de cuanto necesites. Yahora te digo, Francisco, que la cosa va de veras, y que en cuanto pasen unos días, le daremos un adios á Madrid para irnos donde tu sabes; con que si quieres ganar tiempo, ve arreglando el equipaje.

—Ya está todo listo... porque aunque usted me riña ó

me pegue, le diré que tenia intenciones de secuestrarle, en cuanto le viera bueno, y llevármelo á Astúrias...

Y escapó el excelente muchacho, sin aguardar á saber la cara que yo ponía ante la estupenda noticia del secuestro.

Mi convalecencia no fué muy larga, y apenas me ví en disposición de emprender el viaje, cumplí mi palabra á Francisco, y nos trasladamos á C...

Había yo renunciado á olvidar á Azucena, porque su recuerdo, siempre halagador, aunque ligado á los episodios más dramáticos de mi vida, no se apartaba de mí un momento; pero la recordaba con la triste resignación que se recuerda á un sér querido que la muerte nos ha arrebatado; aquel destello de religiosidad que encendió en mi alma la condesa, hacíame ver en Azucena algo así como una visión fugitiva, encargada por Dios para hacerme disfrutar un momento la embriaguez del deleite mundano, perdido para siempre, á fin de acrisolar mi espíritu; y prepararle á otros goces más puros fuera de este miserable planeta.

Tomé á mi servicio una mujer de edad, que me servía de cocinera, y Francisco desempeñaba las múltiples funciones de ayuda de cámara, jardinero y guardián.

Quedé encantado de la casa y del país; el edificio era un caserón antiguo, de piedra sillería hasta el nivel del piso principal, y sin mucho coste, logré reformarle á mi gusto. Anejo á la casa, había una huerta grandísima, con multitud de árboles frutales, la mayor parte manzanos, un poquito de jardín y un establo.

El pueblo era grande, pero no compacto; diseminábanse las casas por una fértil vega, que limitaba por el Oeste una altísima montaña, cuyas estribaciones acantiladas iban á morir al mar, que estrellaba allí sus olas con eterno rumor. La carretera del litoral, que desde Santander conduce á Oviedo, cortaba el pueblo en dos partes casi iguales; una peñascosa lengua de tierra formaba al internarse en el mar, una especie de dársena, que servía de refugio

á algunas barcas pescadoras, y desde aquel puerto natural partía una suave y extensa playa, que se extendía hacia el Este hasta perderse de vista.

La población de C.... se compone de pescadores en su mayor parte, el resto se dedica á las faenas agrícolas, al cultivo del maíz, á la fabricación de sidra y á apacentar ganado.

Los domingos y dias de fiesta reuníase la gente moza á bailar en un hermoso prado, al son de la gaita, ó cogiéndose del dedo meñique, y formando corro, se deleitaban con la *danza prima*, exclusiva del pais, y que los mismos danzantes se acompañaban con una canción triste, melancólica, terminada en una nota larga y sostenida.

La gente menuda, en su mayor parte perteneciente á las escasas familias de la clase media que allí habitaban, solía también bailar *girdillas* coreadas; aún me parece oír aquella canción:

La casa del señor cura  
nunca la ví como ahora,  
ventana sobre ventana,  
y el corredor á la moda.

Me parecía deliciosa aquella vida tranquila, y mil veces me pesó no haberme antes retirado á aquel rinconcito del mundo; sin embargo; no quise recibir visita alguna, y á nadie fuí á visitar. En el pueblo me tenían por un sér misterioso y uraño.

La pequeña biblioteca que poseía desterró de mi pensamiento muchas tristezas; cuando el mal tiempo me obligaba á permanecer encerrado en mi casa, la lectura era mi única distracción, y pasaba horas enteras enfrascado en mis libros, oyendo el mugido de las olas que se estrellaban en la cercana playa.

Los dias bonancibles y serenos solía dedicarme á la pacífica y sedentaria ocupación de pescar con caña; caminaba orilla del mar un buen trecho, saltando sobre los hareos, transparentes como cristal de roca, que al reti-

rarse las salobres aguas, se formaban entre las peñas, y cuando, después de muchas vueltas, hallaba un puesto acomodado á mi gusto, sentábase en la dura roca, ordenaba mis arreos de pesca, y lanzaba al agua el cebo que ocultaba á los incautos peces el traidor anzuelo.

Sucedía, con frecuencia, que *algo* tiraba del sedal, imprimiendo á la boya desordenados movimientos, sin que yo me hiciera cargo de semejante novedad, ensimismado en contemplar el vuelo de las gaviotas que, á bandadas, giraban volando al rás de las aguas, lanzando su estridente graznido, ó bien se mecían en las olas... Otras veces era una imperceptible nubecilla oscura, que mis ojos distinguían con trabajo en el último confín del horizonte, y aquella nubecilla se iba acercando y engrandeciendo hasta que resultaba ser el humo de un barco de vapor, cuyo casco y aparejos se hacían cada vez más visibles... luego se iba alejando, alejando... y desaparecía otra vez.

No pocas veces me ví precisado á recoger precipitadamente mis enseres de pesca, acosado por la marea que reclamaba sus dominios, y costándome no poco trabajo hallar algún istmo que me permitiera el acceso á tierra firme; y gracias si no me ocurría hallarme sobre algún islote, ni más ni menos que un naufrago.

Todo esto debían agradecermelo los peces, pues en honor á la verdad, mis relaciones con ellos jamás fueron abiertamente hostiles, y era de cajón que regresara á mi casa, después de tres ó cuatro horas de ausencia, sin un sólo ejemplar de aquella fauna marítima en la chistera que á *prevención* llevaba.

Aquella vida pacífica y monótona, que tanto contrastaba con la agitación y actividad á que durante muchos años me obligaron mis ocupaciones en la corte, me iba haciendo poltrón, y comprendiendo que no era conveniente á mi salud aquella falta de ejercicio corporal, de terminé alternar mis escursiones de pesca con algunas correrías de caza.

Como soy, y sea dicho sin modestia; el peor de los tira-

dores posible, hice intención de inaugurar la matanza, disparando sobre piezas de buen tamaño, y siempre que la distancia que de ellas me separara fuera, en cierto modo, garantía de que había de aprovecharse el tiro.

Precisamente las zorras y aves de rapiña, hacían frecuentes *razzís* en los corrales, gallineros y palomares, y me juré no tener con aquellos bandidos la contemplación y benevolencia que con los inofensivos peces.

No incluiría en mis memorias estos párrafos, que de todo interés carecen, si no fuera que esta última resolución de exterminar animales dañinos, dió lugar á un incidente que jamás olvidaré, porque á partir de aquella fecha, comenzó á cambiar el destino de mi vida, llevándome por derroteros que no hubiera sospechado.

Una tarde (era á principios de Junio), caminaba yo con la escopeta á la espalda, campo á través, y apartándome de la costa, para dirigirme á un montecillo, lindante con una escarpada montaña llena de malezas, refugio predilecto de los enemigos que perseguía.

Necesitaba andar una legua larga por un camino accidentado é inculto; pero la temperatura era agradable, soplabá una brisa del mar, fresca, y saturada de perfume de algas, algunas nubecillas blancas entoldaban á intervalos el cielo, haciendo tolerables los rayos del sol, y yo llevaba mi merienda y mi frasco de vino, con cuyas ahuuciones de boca contaba resistir hasta la puesta del sol.

No tenía prisa, por lo tanto, y sentíame saturado de cierto bienestar y paz interior, como si los angustiosos accidentes de la última etapa de mi vida en Madrid, hubieran sido creaciones fantásticas de un ensueño penoso.

Parándome á ratos, para contemplar desde alguna eminencia el pintoresco paisaje que me rodeaba; siguiendo otros el curso de algún transparente riachuelo, á cuyas orillas se elevaban diversidad de airosas plantas acuáticas, que se miraban en la corriente, iba paulatinamente acercándome al punto elegido para mi obra de destrucción..., cuando al tender la mirada hacia un grupo de árboles que

crecían á unos cincuenta pasos de mí, divisé un volátil de tan irisado plumaje, que me pareció exótico en aquel país; le había visto un momento saltar desde el suelo á una rama, ocultándose en la fronda, y el sol brilló un momento sobre sus encendidos colores, entre los que predominaba el rojo.

Impulsado por la curiosidad, me dirigí con precaución hacia el bosquecillo; pero no bien me hallé á la sombra del follaje, un ruido de aleteo sobre mi cabeza, me hizo levantar los ojos, y ví al extraño pájaro huir, con dirección al Norte: es decir, hacia el punto de donde yo venía. Atravesó de un vuelo una distancia como de quinientos pasos, y fué á refugiarse en otros árboles.

Entonces pude examinarle mejor; su cabeza parecía desnuda, parte de su cuerpo era de un color rojo oscuro y muy brillante, su cola se componía de plumas dispuestas á modo de escalones.

—¡Un faisán! — me dije. — ¿Será un faisán?

Sea lo que fuere, me asaltaron furiosos deseos de poseer vivo ó muerto aquel precioso animal, y después de una breve lucha conmigo mismo, pues de continuar aquella caza era forzoso dejar tranquilas en sus madrigueras á las zorras, determiné emprender la persecución del supuesto faisán, para lo cual quité de la escopeta el cartucho de postas con que la había cargado, y puse en su lugar uno de perdigones, que preventivamente llevaba.

Después de esto, comencé á desandar lo andado, dirigiéndome, lo más recto posible, hacia el lugar donde el ave se había ocultado; pero á la mitad del camino vi al fugitivo abandonar aquel albergue, que juzgaría muy poco seguro, y elevarse en los aires, dirigiéndose, como antes, hacia el Norte, sin permitirme el placer de intentar siquiera apuntarle con mi escopeta.

No describiré todas las peripecias de aquella persecución, que me hacía recordar sonriendo la de Mr. Chay en pos de un mirlo, descrita ingeniosamente por Mery; no diré que recorriera yo tras de mi probable faisán, la dis-

tancia que medía desde Marsella á Roma; pero sí puedo asegurar y dar fé que el maldito pajarraco me hizo perder mi calma habitual, dándome á veces esperanzas de triunfo, desesperándome otras, haciéndome saltar charcos, escalar peñas, cruzar bosques, y burlándose siempre de mí ..

Tres horas después de comenzar aquella bochornosa caza, nos hallábamos faisán y yo muy cerca de pueblo; él tranquilo sobre un rama seca y saliente que me permitia verle destacarse sobre el azul del cielo, mostrando con orgullo las elegantes plumas de su cola; yo, sentado sobre una piedra, limpiándome el sudor que corría por mi cara, y refrescando mis fauces con un trago de vino.

Y, por supuesto, pájaro y yo, á una distancia respetable; los perdigones, que dormían el sueño de los justos dentro de sus cápsulas, no hubieran podido llegar ni á la mitad del camino.

Examinando la topografía del terreno que ocupábamos hombre y ave, se me ocurrió la idea de emplear algún recurso estratégico que me diera la victoria; el árbol donde el faisán había establecido provisionalmente su campamento, hallábase muy cercano á una pequeña loma, cortada á pico por un lado, terminando por otro en una suave pendiente, en forma semicircular, que venia á morir casi á mis plantas; rodeándola en toda su extensión, y ocultándome tras los espesos arbustos que la festoneaban, sería posible escalar el montecillo, sin ser visto por el desconfiado volátil, y una vez en la cúspide, toda la treta consistía en echarme sobre el césped y afinar bien la puntería, puesto que el árbol seco no distaba de aquel punto más de treinta pasos.

No bien concebido aquel proyecto, ya me figuraba al faisán disecado y adornando mi biblioteca, para acreditar á... ¿á quién? á Francisco y á la cocinera, únicos seres que alguna vez penetraban en aquella habitación, mis méritos cinegéticos.

Para decir la verdad, realicé con perfecta exactitud la

primera parte del programa, y experimenté indecible gozo, al ver que el ave continuaba en el mismo árbol, y tan cerca que la dí por muerta.

Apunté cuidadosamente, y disparé...

Con los ojos del deseo, vi caer al faisán aleteando; pero con los de la cara, con los verdaderos ojos, ví que el animal escapó ileso, lanzando un chillido particular, que me pareció una burla... ¡Me había lucido!

Irritado ante mi torpeza, hice ya caso de honra el apoderarme de aquel endiablado pájaro; bajé, casi rodando, el montecillo, y empuñé tras él una desesperada carrera, cargando de nuevo la escopeta, sin dejar de mover las piernas, y decidí á fusilarle, aunque fuera con las postas destinadas á las feroces alimañas.

El problemático faisán, asustado por la detonación de mi escopeta, voló largo trecho, acercándose cada vez más al pueblo, cruzó sobre un maizal, y trasponiendo una pared de mediana altura, que cercaba una *pomarada*, desapareció ante mis ojos.

Pero yo le seguía con un ardor digno de mejor causa; para mí no existían ya obstáculos, destrocé al pasar las plantas de maíz, me metí hasta la rodilla en cenagosos cuarcos, y viendo que la pared, tras de la que se había refugiado el volátil, era baja y de gruesas y desiguales piedras fabricada, no vacilé un momento, y agarrándome como pude á los puntos salientes, salté con brio al otro lado.

Iba ya á escudriñar los árboles, para descubrir al fugitivo, cuando á pocos pasos de mí se incorporó una figura humana que, sea dicho de paso, no me pareció capaz de asustar á ningún cazador de faisanes, apócrifo ó legítimo: era una hermosa joven, cuyo bien modelado cuerpo ceñía una bata de color de rosa pálido, figura elegante y distinguida, cuya existencia en aquel sitio nadie hubiera podido sospechar.

Al verme, lanzó un grito ahogado, y una súbita palidéz invadió sus mejillas; sin duda, mi aspecto y el extraño

modo con que pene ré en aquel cercado recinto, no eran nada tranquilizadores. Presentábame ante ella de repente, como caído del cielo, destrozado mi traje por las malezas, lleno de fango, sudoroso, agitado y empujando una escopeta en ademán hostil. Debi parecerle un facineroso

Pasado el primer momento de la sorpresa, pero sin dejar de mirarme con ojos muy abiertos y espantados, la joven, que parecía presa de inusitado terror, se apresuró á huir.

Quise tranquilizarla, y sin moverme del sitio donde había venido á caer, la dije con voz que procuré dulcificar todo lo posible:

—Señorita, nada tema usted. ... le pido mil perdones.....

Pero al escuchar mi voz, me pareció que se aumentaban sus temores, y precipitó su marcha, desapareciendo entre los árboles. ...

No la seguí, ni intenté con nuevas frases justificar mi súbita presencia; creí más prudente volver por donde había venido, y sin acordarme del faisán, salté de nuevo la tapia, emprendiendo la vuelta á mis lares.

La escena que acabo de narrar, duró breves instantes, tan breves, que apenas pude examinar á la desconocida.

Una hora después, entraba en mi casa, molido, quebrantado, de mal humor, sin haber realizado nada de provecho, y muerto de hambre, á pesar de que había llevado conmigo provisiones

## IX

Desde aquel día templáronse mucho mis ardores de cazador, y sin abandonar por completo tan saludable ejercicio, permanecía semanas enteras arrumbada la escopeta en un rincón de mi casa. Cuando salía á cazar, alguna que otra vez, procuraba siempre evitar dos cosas: aproximarme demasiado á la quinta ó propiedad, cuyo cerco escalé, ni más ni menos que un caco rural, y perseguir otra clase de caza que la marcada en mi programa,

No necesitaré asegurar, que creía menos en la existencia de faisanes en aquel país, que en la del Preste Juan de las Indias,

Un incidente de muy distinto género que el que acabo de narrar, rompió segunda vez la monotonía de mi vida.

Regresaba yo una tarde á mi casa, caminando lentamente, con la caña de pescar al hombro, y llevando en la red (por excepción), una hermosa lamprea. Sumido, como de costumbre, en mis pensamientos, arrancáronme de ellos unos gritos de terror, que no léjos de mí exhaláron.

Tendí la mirada por la carretera, y ví una especie de vehículo, semejante á un *break*, arrastrado furiosamente por un caballo negro que, al parecer, iba desbocado, ciego, babeando espuma, á estrellarse contra unas enormes

rocas, situadas en el recodo del camino, punto hacia el cual se dirigía con rapidez vertiginosa, imprimiendo al coche furibundos vaivenes y saltos.

Uno de los que iban en el carruaje, fué lanzado fuera de él, y quedó tendido en la carretera; dentro permanecía aún otra ú otras personas, no pude ver más que unos brazos que se elevaban reclamando auxilio.

Arrojé con prontitud los avíos de pesca, y me precipité rápidamente hacia el furioso animal, logrando, después de una corta, pero terrible lucha, contener sus ímpetus y evitar una desgracia; no me hubiera creído con fuerzas para tanto, y milagrosamente salí ileso de aquel apurado trance.

Sin mirar siquiera á las personas que iban en el carruaje, y sin aguardar á que me dieran las gracias por aquél favor, recogí mis arreos de pesca, y continué tranquilamente mi camino.

Al siguiente día, entreteníame en leer la gran creación de Goete, la historia de aquel sér, cuyo amor imposible le había llevado al suicidio.

Abismado estaba en su lectura, cuando la interrumpió Francisco, anunciándome una visita.

Tan extraordinario acontecimiento, me llenó de asombro, y aunque al principio pasó por mi mente la idea de negarme á recibirla, pretéstando una indisposición, tuve curiosidad de saber quienes eran las personas que venían á buscarme á aquél ignorado retiro, y ordené al muchacho condujera á un gabinete á mis vititantes.

Un caballero anciano y de venerable aspecto, acompañado de una señora y un niño, me esperaban.

Los saludé, y al fijar mis miradas en la dama, tuve que hacer un esfuerzo para no revelar la sorpresa que me produjo el reconocer en ella á la misma joven, frente á la cual me puso la memorable persecución del faisán.

Ella no pareció sorprendida, ó al menos, en su cara no observé señal alguna de que me hubiese recordado; verdad es que con mi escopeta preparada, arrebatado por el

calor, lleno de polvo y barro, debí parecerle un hombre muy distinto del que tenía delante.

Sin duda no me había reconocido, y me alegré.

—No ignoramos,—dijo el anciano, después del correspondiente saludo,—que no acostumbra usted á recibir visitas, y que procura eludir todo trato social. Le ruego me perdone si he venido á molestarle, rompiendo la consigna, pero un deber de gratitud.

—No comprendo.

—Sí, de gratitud, caballero; yo debo á usted más que mi vida, pues gracias á usted vive mi nietecito, á quien adoro... Ayer se desbocó el caballo...

Había yo olvidado semejante incidente, y al enterarme de lo que se trataba, intenté mudar de conversacion.

—¡Oh! No callaré,—exclamó entonces el anciano.—Bien veo que no es usted una persona vulgar, que su alma es hermosa, que su modestia es grande; pero no callaré... Soy un viejo testarudo, y desde que supe su generosa acción...

—Por Dios, caballero; le ruego que no insista más sobre este asunto...

—¿Y por qué no me ha de permitir usted este desahogo? Se ha olvidado usted, sin duda, de que los abuelos, maduros como yo, tenemos verdadera chochez por nuestros nietos... Ya en el ocaso de mi vida, y sin hijos en quien depositar mi cariño, la pérdida de uno de mis nietos, me sumiría en una verdadera desesperación. A ver, Alberto, dá un beso á tu salvador...

La señora me presentó entonces el niño, que se acercó á mi avergonzado, para ofrecirme el beso.

—¿Es hijo de usted, acaso?—la pregunté, por decir algo,

—No, es mi hermanito,—contestóme sonriendo, y fijando en mí sus grandes ojos negros.

Me resigné á que el buen anciano continuara demostrándome su agradecimiento, con aquella franqueza y sinceridad que sin duda constituían la nota dominante de su carácter; supe que solo el niño y un criado iban en el ca-

rruaje, cuando tuve la fortuna de evitar una desgracia; el criado, al caer, habia sufrido la dislocación de un brazo. Giró luego la conversación acerca del país y de sus costumbres, y después de una hora, se despidieron de mí, repitiéndome una y mil veces las gracias y haciendo votos por mi felicidad.

El anciano se llamaba el señor Robés y la jóven Aurora.

Torné, después de aquel incidente, á mi vida monótona, y sin peripecia alguna; tuve el pensamiento de devolver la visita al señor Robés; pero pasaban los días, é iba de morando el cumplimiento de aquél deber de pura cortesía.

Una tarde, volviendo de mi escursión de pesca, se cruzaron conmigo en el camino, contentándome sólo con quitarme el sombrero y hacerles un ceremonioso saludo. Luego comprendí que habia estado harlo indiferente y poco afable; pero pronto los olvidé, para volver á mi acostumbrado pensamiento: Azucena.

Habia temporadas en que sufría accesos de esta monomanía,

¿Qué habria sido de ella? ¿Continuaría en Londres? ¿Viviría yo aun en su memoria?

Una mañana, al salir de mi casa, me hallé manos á boca con el anciano, el cual me saludó con una bondadosa filípica, por mi carácter hurón, y se empeñó en acompañar me. Sus cariñosas frases y el sincero afecto que me demostraba, me hicieron comprender que habia dado con un verdadero amigo, y no traté ya de eludir aquella amistad.

Me llevó á su casa, y desde entonces paseaba diariamente con tan apreciable familia, con la que comencé á adquirir la mas fraternal confianza.

Diré cuatro palabras de Aurora: era alta y esbelta; una hermosa mata de cabellos negrísimos y rizosos cubrían su artística y bien modelada cabeza, sirviendo de marco á una cara, cuyo color parecia formado por copos de nieve y pétalos de rosa; ojos rasgados y de negrísima pupila, facciones correctas y agradables, y un conjunto, en fin, por todo extremo, atractivo...

Esta ligera descripción de su físico, no es producto de mis observaciones de entonces: estaba yo saturado de Azucena, si se me permite la frase para fijar mis ojos en los encantos femeninos de cualquiera otra mujer, por hermosa que fuese.

Su belleza moral estaba en armonía con sus atractivos físicos; era excesivamente tímida, su voz, de un timbre agradable, era poco extensa, y rara vez hablaba; sus mejillas cubríanse de rubor á la más pequeña impresión psíquica; observé en ella un excelente fondo, una delicadeza extremada y sentimientos nobles y elevados; la más pequeña desgracia agena la conmovía, hasta el punto de hacerla derramar lágrimas.

Era ciertamente imposible conocerla, sin sentirse inclinado á estimarla.

Muchas tardes íbamos de paseo Aurora, el Sr. Robés, Alberto y yo hasta un espeso bosquecillo, que lindaba con la carretera, á poco más de media legua del pueblo, y nos internábamos en la espesura, hasta encontrar lugar á propósito para sentarnos sobre el mullido césped; á través de las enmarañadas ramas veíamos, hacia el Norte, el azulado mar y sus inquietas olas coronadas de espuma, y la puesta del sol, que parecía anegarse en las aguas, tiñéndolas de encendido carmín; luego iba el cielo cambiando su matiz brillante en opaca púrpura, comenzaban á chispear en el infinito las estrellas, oíamos los cencerros del ganado ó el estridente ruido de las carretas que regresaban al pueblo; los grillos y las cigarras nos daban serenata á su modo... y aún permanecíamos en aquel solitario bosquecillo, hasta que la noche cerraba por completo, y el revoltoso y juguetón Alberto inclinaba su cabeza sobre el hombro de Aurora, en demanda de sueño.

Volvíamos entonces á nuestros hogares, y nos estrechábamos afectuosamente la mano diciendo: Hasta mañana.

Así trascurrieron dos meses. En aquellas largas horas de sosiego y placidez pasadas en el bosquecillo ¿de qué hablábamos Aurora y yo? De nada, Mientras nieto y abuelo

formaban ramos con las flores silvestres, ó cazaban grillos, ó perseguían mariposas, permanecíamos Aurora y yo silenciosos, con la mirada fija en cualquier pajarillo que cantaba sobre nuestras cabezas, en el árbol cuya fronda nos cobijaba, en el vuelo de una abeja que zumbaba en derredor de las flores, en las nubes que navegaban en lo azul del espacio, en las golondrinas...

Recuerdo que una vez me dijo Aurora, con voz apacible y simpática:

—Quisiera ser golondrina.

—Y yo también, —la dije;—y después que pasaron algunos minutos de estas breves é inocentes frases, la pregunté sonriendo:

—¿Y hacia dónde volaría usted, Aurora?

—Hacia ninguna parte; viviría en el aire, me bañaría en los rayos del sol, sería feliz...

Y después de otra pausa continuó:

—También intentaría subir, subir mucho, á ver si llegaba al cielo...

—¿Tan mal se halla usted aquí abajo?

—¿Por qué me hace usted esa pregunta?—me preguntó fijando en mí sus ojos.

—¿Por qué aseguró usted que sería feliz si fuera golondrina? ¿Eso parece indicar que no es usted feliz ahora?

—¿Y usted, es feliz?

Hacia ya un rato que nos estábamos haciendo preguntas uno á otro, sin contestarnos á ninguna; por fin, como á mí me correspondía ser galante, respondí con un tono sombrío:

—No, no soy feliz; ignoro lo que es eso.

Y no hablamos más aquella tarde.

A la siguiente, fué ella la que abordó la conversación diciendome, con tal expresión de sencillez, que excluía toda idea de vulgar curiosidad:

—¿Por qué no me cuenta usted sus pesares?

Y viendo que yo nada respondía, continuó con gracia inimitable:

—Aquí, donde usted me vé; soy más mala de lo que parezco, me cuesta trabajo tomar cariño á las personas . . . esto es una monstruosidad, quiero á muy pocas en el mundo; pero las quiero bien . . . , y usted es mi hermano del corazón. Creo que no hago mal en quererle así, ¿no es verdad? Pues bien, yo sé que las penas que nunca se dicen hacen mucho daño en el alma; las que se confían á un sér capaz de comprenderlas . . . se alivian, se hacen más pequeñas . . . ¡ya no pesan tanto!

Aquello que me decía Aurora era verdad, pero no sabia ella que mi dolor era ya soportable en estado latente, y que al recordar de viva voz mis ilusiones perdidas, tal vez iba á encontrarse la herida . . .

Aun así todo, ¿cómo resistir á la desinteresada súplica de un ser que quiere consolarme? No supe, no pude darle la revelación de las causas que motivaban mi perpetuo estado de melancolía. Todo se lo conté, mi primera entrada en los salones de la condesa, mi larga conferencia con la máscara, mis diversas impresiones, mis luchas, mis penas, mis esperanzas, mi desengaño. La vida borrascosa con que intenté en vano borrar el recuerdo de Azucena, la horrible escena nocturna con Rebolez, y mi inquebrantable decisión de pasar el resto de mis dias en aquel pais.

—¿No es verdad que soy un loco, Aurora? —terminé diciendo. ¡Qué remedio! No es posible corregir ni modificar lo que constituye nuestro modo de ser . . . Yo no sabia que entregaba mi alma á cambio de aquel beso, ni pude darme cuenta de cómo esta pasión se apoderó de mí . . . Solo sé que desde aquella fatal y deliciosa noche, al propio tiempo que aprendía á amar, aprendí tambien á sufrir la tortura de un amor imposible; solo sé que desde entonces desprecio la vida, como desnuda de toda ilusión, de toda esperanza, y que en vano he pretendido arrancar de mi memoria el tirano recuerdo de Azucena.

Aurora estrechó convulsivamente mis manos entre las suyas, y ví que de sus ojos caían dos hilos de lágrimas;

me figuré que aquella emoción duraría un momento, pero me engañé. Lloró, lloró mucho, y sin sollozos, como la expresión de un sentimiento dulce y tranquilo. Yo la contemplaba con admiración.

Cuando pudo hablar me dijo:

—¡Pobre amigo mio! ¿Tan perdidas tiene usted las esperanzas?

—Sí, Aurora, —exclamé suspirando —Ella es casada... y reside en Inglaterra con su esposo... Jamás la he vuelto á ver desde aquella noche... aún ignoro cómo son sus facciones... Además, la condesa (sin duda tendrá para ello poderosas razones), ha sido cruel conmigo; nada me ha revelado... y en su última carta me quita toda esperanza para lo futuro.

—¿Entonces ese amor es imposible?

—Sin duda.

Parecióme ver un rayo de alegría en los ojos de Aurora...; aquello me disgustó. ¿Qué habian, pues, significado sus lágrimas? ¡Alegrarse de mi pena, de mi suplicio! Quizás había obrado muy de ligero al juzgarla buena y sensible...; casi me arrepentía de haberla confiado mi secreto...

Así pensé un instante; al volver á mirarla, observé en su rostro el acostumbrado aspecto de dulzura y bondad. ¡Aprensiones mías! Era muy digna de mi cariño y simpatía!

Desde entonces me demostró más confianza; y bien puedo asegurar, que ella sola era capaz de arrancar de mis labios una sonrisa.

Un día, al salir de mi casa, taciturno y sombrío ya por costumbre, observé en mí una novedad, un fenómeno extraño, de una trascendencia tan grande que me detuve maquinalmente á reflexionar acerca de ello. Desde que había abandonado el lecho, ni una sola vez acudió á mi memoria el recuerdo de Azucena... y en cambio, Aurora se había posesionado de mi pensamiento. ¿La amaría acaso?

Sentí que penetraban en mi corazón raudales de consuelo; por vez primera, desde mi conocimiento con la máscara, respiré con placer; dirigí mis ojos al cielo, y me pareció brillante, puro; la naturaleza se había embellecido...; aún me sentía joven y capaz de disfrutar de aquella juventud que iba marchitando mi empeño loco de perseguir sin descanso un ideal irrealizable.

Como un enfermo que se apresura á tomar la medicina que ha de devolverle la perdida salud, así yo, aprovechando un momento de hallarme á solas con Aurora, la confesé que la amaba. Estábamos en su casa.

A decir verdad, obré con harta precipitación; no me paré ni un instante á reflexionar sobre el paso que daba, y para la joven, aquella inesperada declaración, fué lo que vulgarmente se llama *un escopelazo*.

Me miró con asombro, como preguntándome con los ojos por el amor de aquella otra mujer que tal influencia ejercía en mi vida, y después inclinando hacia el suelo su frente, me dijo en voz baja:

—Amo á otro.

Me dejó frio aquella contestación, que no esperaba, y no me atreví á hablar una palabra más del asunto; el tiempo que estuve á su lado, me sentí violento é intranquilo, y cuando me disponía á despedirme, entró saltando Alberto; detrás venía el Sr. Robés.

—Celebro ver á usted tan temprano por mi casa,—me dije, estrechando con efusión mis manos;—poco tiempo nos queda de estar juntos.

—¿Cómo!—exclamé.—¿Regresan ustedes ya á Madrid?

—La semana que viene; el invierno se echa encima, y ya hubiera abandonado este delicioso país, si la buena amistad de usted y el cariño con que me liga, no me hubieran detenido.

La negativa de Aurora y la proximidad de su regreso á la corte, con lo cual quizás la perdía para siempre, me hicieron comprender que mi afecto por ella era mas intenso, más apasionado de lo que yo me figuraba.

Pero aquel nuevo sentimiento se transformaba en una embriagadora alegría. Recordando que Aurora amaría á otro, según su confesión, gozaba yo en sufrir las contradicciones de aquel nuevo amor imposible: y hasta la herida de mi amor propio mortificado, la sufría con deleite... porque sólo así, dando en mi alma cabida á otros sentimientos y á otras luchas, podría olvidar á Azucena.

Con la risueña esperanza de recobrar mi tranquilidad, gracias á aquel destello de amor hacia Aurora: siendo mi mente un caos de recuerdos, ilusiones, tristezas y alegrías, se fué acercando el momento de la partida. Algunas veces cruzó por mi imaginación la idea de seguirla á la Côte.

Ella, desde el día de mi declaración, mostrábase reservada y silenciosa; y con frecuencia, al verme entrar en su casa, se cubrían sus mejillas de un fugitivo rubor, y evitaba todas las ocasiones de hallarse á solas conmigo.

La víspera de nuestra separación, mientras el anciano y el niño traginaban por la casa, haciendo los preparativos del viaje, entré en un gabinete, que tenía vistas al mar; era la habitación predilecta de Aurora.

Allí estaba, ocupando un asiento al lado del velador, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y el codo sobre la mesita, en la cual se veían enseres de escribir y una carta comenzada.

Me acerqué á ella, y observé que tenía los ojos cerrados: dormitaba.

Una invencible curiosidad, que no fuí dueño de dominar, me arrastró á inclinarme sobre el papel, para enterarme de lo que allí estaba escrito.

Eran unas *memorias*. y en aquel pliego leí, con asombro los siguientes renglones:

«Día... Mañana regreso á Madrid, ésta será, tal vez, la última página de mis ilusas esperanzas; quizás no le volveré á ver... ¡Oh, L... Nunca sabrás cuanto te amo! Muy impreso está en tu alma el recuerdo de aquel beso, para que yo pueda esperar algún día ser amada como en mis sueños deseo...»

Aquí se interrumpía el escrito, y de tal modo me turbó su lectura, que quedé inmóvil, sin darme cuenta de lo que me sucedía... La última ráfaga del recuerdo de la incógnita Azucena se desvaneció en el pasado...

¡Como! ¿Era para mí tanta felicidad? Los que por largo tiempo han sufrido el dolor de ver marchitas sus ilusiones, esas pobres almas, sumergidas en una noche, sin esperanzas de aurora..., cuando la ventura los llama á sí, dudan en arrojarse en sus brazos, temerosos de que todo sea un sueño...; no se atreven á ser dichosos, como si al disfrutar de aquella dicha, cometieran un robo...

Aún no me daba cuenta de mi situación, y permanecía inmóvil, absorto, recreándome en contemplar aquella joven tan pura, tan hermosa, cuyo íntimo secreto acababa de revelarme mi indiscreción. No sé que aureola de pureza parecía rodear su frente, tersa y alabastrina, orlada de anchos bucles de negrísimo cabello, ni sé que impulso irresistible me obligó á inclinarme sobre ella, para acariciarla levemente con mis labios... Si sé que aquel beso fué menos sensual que el que un niño deposita en los labios de su madre...

Después salí de la habitación, de puntillas, para no despertarla.....

Al día siguiente, que como ya dejé dicho, era el de la partida, ordené á Francisco que metiera en una maleta alguna ropa blanca y lo más indispensable para un viaje, y me dirigí, seguido del muchacho, que, ceñudo y preocupado, llevaba la maleta á cuestas, hacia la casa donde vivía mi anciano amigo el Sr. Robés.

Cuando llegué, ví que aguardaba ya en la puerta á los viajeros el carruaje que debía llevarlos hasta Gijón. Hice una seña á Francisco para que no me siguiera y penetré en la casa.

—¡Gracias á Dios!—exclamó alegremente el buen anciano al verme entrar.—Comenzaba ya á inquietarme por su

tardanza... Ya ve usted, hago mis últimos preparativos, y el coche nos aguarda ya.

—Lo sé... lo he visto... —respondí, mirando en derredor.

—¿Echa usted de menos á Aurora y Alberto? Ahora saldrán.

—Permitame usted, por el contrario...

Mi turbación, mi embarazo al pronunciar aquellas frases confusas, debieron llamarle la atención, porque acercándose á mi, me dijo:

—¿Qué le sucede á usted, querido amigo? ¿Por ventura tendrá usted que anunciarme alguna novedad?

—Pues bien, si señor, —exclamé haciendo un esfuerzo — Quizás parecerá á usted muy extraño lo que le voy á decir...

El señor Robés me miró fijamente, sin decir una palabra; pero comprendí que me interrogaba con los ojos.

—He visto á la puerta, —proseguí, —el carruaje que ha de conducir á ustedes hasta Gijón, y de usted depende, mi buen amigo, que yo ocupe en él un asiento, para acompañarles, no hasta Gijón, sino hasta Madrid...

—¿Y qué necesitaré hacer para disfrutar de esa felicidad, querido Luciano?

—Señor Robés, —proseguí con voz: en que se traslucía la emoción que me dominaba, —no tengo familia, soy solo en el mundo.... ¿quiere usted aceptarme por hijo? ¿Me concede usted la mano de Aurora?

El noble anciano, al escuchar mis últimas palabras, pareció sorprendido; pero la expresión de su semblante era para mi gratísima; veía yo que sus ojos me contemplaban con acendrada ternura, y sin poder articular una sola palabra, me echó sus brazos al cuello, estrechándome contra su corazón y llorando de alegría.

El pobre anciano (luego me hizo esta confesión), había acariciado aquel enlace como un hermoso sueño...; quizás no era para él un secreto lo que pasaba en el corazón de la joven.

Poco después de esta conmovedora escena, entró Aurora en la habitación, saludándome con aquella gracia y modestia encantadoras que le era natural; observando luego mi turbación, y leyendo en la fisonomía radiante del anciano algún misterio, quedóse inmóvil, aguardando una explicación que no se hizo esperar.

—Hija mia, —dijo por fin el señor Robés, dirigiéndome una mirada como para animarme: —Hé aquí á nuestro querido Luciano, que se empeña en hacer con nosotros el viaje á Madrid....

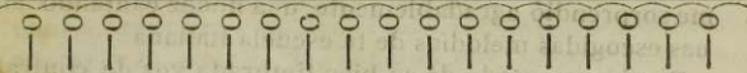
—¡Ah! —exclamó la joven, presa de visible emoción.

—Sólo necesita llenar una pequeña formalidad, para que su resolución sea irrevocable, —continuó el noble anciano, gozándose en la confusión de que nos hallábamos poseídos Aurora y yo — Una pequeña formalidad.... desea saber si quieres darle tu mano de esposa.

Ella dió un pequeño grito, y clavando su mirada en el suelo, llevóse una mano al corazón; mi alma entera estaba pendiente de sus labios. Por fin levantó hacia mi sus ojos claros y serenos, y sonriéndome con ingnita ternura, exclamó con su voz dulce y reposada:

—Hé aquí mi mano.

Loco de felicidad, corrí á su encuentro, y estreché aquella mano que me tendía, cubriéndola de besos y de lágrimas.



X

Recordaré siempre como una de las épocas más felices de mi vida, los primeros meses de mi casamiento con Aurora, aquella deliciosa luna de miel me embriagó de dicha.

Descubríame Aurora reservados tesoros de ternura, que no me hubiese atrevido ni á soñar, . . . y yo la amaba con ese respeto, con esa pureza de sentimientos que los verdaderos creyentes reservan en su alma mística á todo lo que concierne á su inquebrantable fé; ella se hacía querer de ese modo, sin mezcla alguna de liviandad. Poseía también el talento de poetizar lo que la vida tiene de prosáico, y si bien era verdad que mis hábitos de soltero habíanme preparado y hecho fácil el ingreso en la existencia pacífica y reposada del hogar doméstico, no quiero escatimarla el mérito de haber sabido hacerme olvidar hasta mis partidas de tresillo, en compañía de aquellos caballeros pseudo moralistas, á quienes jamás volví á ver.

Aurora era además excelente pianista, y cuando transcurrido algún tiempo de nuestro enlace, depuso su timidez;

me sorprendió agradablemente una noche cantando algunas escogidas melodías de la escuela italiana

Quedé encantado de su bien timbrada voz de contralto, y yo, que adoro la música, hallé en Aurora un nuevo incentivo que me retenía á su lado.

¡Siempre recordaré con deleite aquella época de calma y placidez, solo comparable á la que ahora he vuelto á disfrutar?

Pero siempre será para mí un penoso recuerdo el de aquel día funesto en que, casualmente, recorriendo las columnas de un periódico, hallé en él una noticia referente á Rebolez.

Aquel miserable, envuelto en una causa criminal por falsificador, había sido condenado á sufrir muchos años de presidio. Era natural... Tarde ó temprano en eso había de venir á parar.

La embriaguez de mi dicha había casi borrado de mi memoria el recuerdo de aquel hombre odioso; ahora resucitaba otra vez en mi pensamiento, y también todo el pasado de mi vida que con él se relacionaba. Sin darme cuenta de ello, comencé á sentir hastío al lado de Aurora; comencé á desear la soledad; y una angustia, un malestar sin nombre, vino á apoderarse de mi alma...

Diríase que vagaba en el vacío, persiguiendo una quimera.

Eran aquellos los primeros síntomas de un nuevo período de lucha, una reincidencia fatal, hacia la cual sentíame arrastrado, como arrasaba el vértigo al desdichado que se atreve á contemplar el abismo...

No tardó en dibujarse en mi espíritu, con formas que le llenaron de terror y amargura indescriptibles, aquel fantasma misterioso que con tal encarnizamiento había comenzado á perseguirse... ¡Y era Azucena, era su seno turgente y alabastrino, encerrando un corazón sediento de pasiones, eran sus labios sonrosados y húmedos, que acariciaban los míos en un momento de embriaguez; ¡era, en fin, su acento melodioso, susurrando en mi oído dulcísimas frases de amor!...

No sé qué pobre y miserable naturaleza tenemos los humanos, que es casi siempre vencida en la lucha que entabla contra todo aquello que la razón y la virtud conenan y rechazan, sin que ese problemático libre albedrío consiga desterrar del alma un pensamiento tirano y roedor.

En mis largas noches de insomnio, escuchando en las tinieblas la respiración sosegada y uniforme de mi esposa, me preguntaba si por acaso había dejado de amarla, si aquella adoración que supo inspirarme se había desvanecido y anonadado como se desvanece un giron de niebla al soplo del vendabal; pero no en lo más profundo de mi alma guardaba para ella la misma ternura, el mismo amor, y comprendía, en el fondo de mi conciencia que sin vacilar, sería capaz de sacrificar mi vida por salvar la suya.

¿Había, pues, en mí dos seres distintos? ¿Luchaban con igual fuerza en mi espíritu el bien y el mal?

No supe entonces si Aurora logró adivinar lo que en mi pensamiento guardaba yo, como guarda un criminal el secreto de cuya revelación pende su existencia; parecía-me imposible que pudiera escapar á sus ojos de mujer enamorada aquel extraño modo de ser, aquella continua melancolía que se apoderó de mí. Nada me dijo, no me dió ni una queja, ni escuché de sus lábios la más insignificante alusión.

Llegó el invierno y se me pasaban muchos días sin salir de casa; por las noches sentábase en una butaca junto á la chimenea, contemplaba durante horas enteras la juguetera llama á cuyo contacto chisporroteaba la leña; mientras mi esposa pasaba revista á todo su repertorio musical dulces acordes que llegaban á mis oídos como un rumor vago é incomprensible.

Un día entró Aurora en mi despacho, donde yo con frecuencia me encerraba, y acercándose á mí con la sonrisa en los labios, me alargó una carta.

No bien la abrí y me enteré de su contenido lancé un grito ahogado: era de la condesa de Aleaga, era una invitación para un baile de trajes...

—Irás, ¿no es verdad?—me preguntó Aurora.

—No.... no, jamás.

—¿Y por qué no, mi pobre Luciano?—exclamó ella con extremada dulzura y colocando sus manos en mis hombros. —Tú sufres, amado mío, y conozco la causa de tu sufrimiento; no te turbes, porque yo te amo siempre, y hoy mas aún, porque te compadezco. Estas enfermo y quiero curarte, vives en un mundo de fantasmas ¡hé ahí todo! Los sueños que durante la noche nos llenan de terror se desvanecen al nacer la aurora y nos reímos luego de ellos al despertar; y como tú sueñas también, es preciso que despiertes y toques la realidad tal como ella es. Acepta esa invitación, ve al baile, visita aquellos lugares que tu fantasía convierte en un delicioso paraíso, codéate con aquella muchedumbre ansiosa de placeres y alegría, y verás cómo te cuesta trabajo encontrar, ni con un milagro de arranque poético, á tu inverosil Azucena...

Quise hablar no sé qué, pero ella cerró mis labios con sus dedos, y salió de la habitación, dejándome confundido y sin fuerzas para detenerla.

Luego fui lentamente recobrando la calma y comprendí por fin que Aurora tenía razón; era preciso arrostrar de frente el peligro...; alejado para siempre de aquellos lugares donde nació mi loca pasión por una mujer desconocida, quizás me condenaba á ser siempre esclavo de esas alucinaciones que se complace en forjar la fantasía... Tocando la realidad, mirando con ojos serenos y reflexivos todo aquello que yo me empeñaba á solas en revestir de caracteres imposibles, tal vez lograrían curar mi locura.

Ahora comprendo que con razones tan capciosas pretendía disculparme á mi mismo y hallar un pretexto cualquiera para asistir al baile de la condesa de Aleaga; porque me consumía el deseo de volver á visitar aquellos lugares de perpétuo recuerdo para mí.

.....  
.....

Dos días después, á la una de la noche, y cuando el baile estaba en su brillante apogeo, entré con una emoción que era imposible dominar, en los salones de la condesa, á quien saludé haciendo esfuerzos increíbles por dibujar en mis labios una sonrisa.

Luego dirigí una mirada en torno mío, ansiando y temiendo á la vez descubrir entre los variados disfraces aquel cuyo recuerdo no se apartaba de mi imaginación; pero busqué inutilmente, y sin darme cuenta de ello crucé varias habitaciones y me dirigí como un sonámbulo al jardín, apenas alumbrado entónces por algunos faroles de gas...

No era la noche tan templada como aquella en que la condesa hizo colocar multitud de farolillos de colores entre el follaje, y en que las máscaras cruzaban lanzando alegres gritos las sendas del jardín; la brisa, aunque tolerable, era fresca, y la soledad reinaba en aquellos sitios sin que otro ser humano que yo los visitara.

Encontré facilmente el rústico banco, testigo de mi primera y última entrevista con la incógnita, y sentándome en él comencé á pasar revista á los acontecimientos de mi vida en aquellos últimos años...

De pronto oí un leve rumor, y al volver sobresaltado la cabeza hacia el lugar de donde procedía, divisé á algunos pasos de mí una forma blanca y vaporosa que se aproximaba lentamente.

Aquella fantasma vestía el traje de raso blanco, sembrado de plateadas estrellas y cubría su rostro con un negro antifaz... era en fin, mi desconocida... la del beso. ¡Yo creía soñar!

—¡Calle!—exclamó al llegar á mi lado.—He aquí una rara coincidencia: tú eres mi filósofo de hace cuatro años, todo está dispuesto de la misma manera que la otra vez; todo.... todo.

Yo permanecí mudo, y mirándola con ojos espantados.  
—Si, no me cabe duda,—prosiguió,—eres tú. ¡Vaya,

hombre lúgubre! No pongas esa cara patibularia y hablemos como antiguos amigos.

La máscara se sentó á mí lado.

—Yo, — siguió diciendo, — continuó profesando las ideas de siempre respecto á la sociedad y al amor.... y es lástima que no sepas ó no puedas comprenderme... ¡Pero te has vuelto mudo! En el tiempo transcurrido, perdiste sin duda el don de la palabra...

Luego pareció como que se quedaba pensativa y exclamó de pronto:

—¡Estamos locos! *Aquello* no ha pasado hace dos años, sino hace dos horas solamente; tú has bebido *champagne* y te has dormido como un tonto; yo he bailado mucho y el aturdimiento ha trastornado mi cerebro...

—Sí, en efecto, — murmuré al fin, pasando una mano por mi frente, — todo ha sido un sueño; pero un sueño horrible.

—En ese caso comprendo tu mal humor; pero cuéntame amigo mio, cuéntame lo que has soñado.

—Figúrate, Azucena, que tú al darme aquel beso me has inspirado un amor ciego, idólatra.

—Me lo figuro.

—Que concluido el baile no te vuelvo á ver jamás, y tu recuerdo me sigue por todas partes y á todas horas como una sombra querida, ó como una tentación del infierno; figúrate que para mí has muerto y que ya no hallo consuelo en el mundo... que muero de recuerdos... y por último, que encuentro en el camino de mi vida otra mujer muy distinta á tí, la antítesis tuya, á quien no sé aún si amo más ó menos que á tí, pero cuyo cariño no basta á completar mi dicha... ¡Oh! ¡Ha sido un sueño bien triste!

Pero al fin, como sueño, se ha desvanecido y eres libre y me amas ¿no es verdad?

—¡Libre para amarte! — exclamé — No, no tengo ese derecho sin ser un infame; amo á mi esposa con delirio... y sin embargo... á ti también te amo — dije debilmente cayendo á sus piés de rodillas.

—¡Pobre Luciano de mi alma! —murmuró ella acariciándome como á un niño. —¡Somos bien desdichados! Tam-  
poco yo me pertenezco.

—Lo sé.

—Y sin embargo, también yo te adoro.

—¡Repíteme esas palabras, más dulces y gratas á mis oídos que un cántico angelical! ¡Azucena... Azucena... ¿Qué hay en tu ser que me atrae y me vuelve loco? Adorada Azucena mía!...

—¿Conque tanto me amas?

—¡Oh, sí!

—Pues bien... solo un medio nos queda para romper este nudo gordiano que nos hace insufrible la vida...

—¿Cuál?

—Yo abandono á mi marido.

—¡Ah!

—Tú á ella.

—¡Jamás! —grité levantándome precipitadamente. —Ella es mi angel bueno, mi vida, mi sostén...

—¿Y dices que me amas? ¡Mientes!

—Sí, te idolatro y... la adoro! ¡Tengo el infierno dentro de mi alma! No puedo vivir sin tí y sin ella...

—¡Estupenda declaración! —contestó la incógnita, volviendo á dar á sus frases acento de burla. —Veo que eres más estrambótico que yo

Y se puso á tararear un wals, marcando el compás con su diminuto pié.

—¡Me estás matando! —la dije con desesperación.

—¡Ea! Hablemos con calma —contestó ella, tomando una de mis manos y obligándome á sentarme á su lado. —A tu vez figúrate que en lugar de ser yo una máscara de carne y hueso, muy excéntrica, muy capaz de inspirar pasiones tan volcánicas como la tuya, soy un ser fantástico (que también puede haberlos en pleno siglo diez y nueve), una hada que posee la célebre y legendaria varita de las virtudes; ya sabes que esta varita es omnipotente... Pues bien, yo sé algo de tu mujer, sé un secreto...

— ¡Un secreto! — repitió como un eco.

— Sí, ella ha dado un beso á un hombre antes de casarse contigo; este hombre no era su padre, ni su hermano... era un desconocido.

— ¡Azucena, eres bien cruel, me estás atormentando!

— Todo lo que te digo es verdad, como lo es tambien que mi marido, cuando aún era soltero, recibió ese beso de que te hablo.

— ¿Luego se amaban? — exclamé recordando las razones en que fundó Aurora su negativa la primera vez que le confesé mi amor.

— No se amaban, — dijo Azucena.

— ¡Dios mio! Y Aurora, á quien yo creí más pura que los ángeles...

— ¿Y por eso la despojas de su aureola de pureza? ¿A caso no me has besado á mi?

— ¡Calla, desgraciada! El honor de una mujer es más delicado que un cristal, cuya limpidez empaña el aliento más leve...

— Si, conozco perfectamente esas teorías... las habeis inventado los hombres para vuestro uso particular; vosotros guardais, como un avaro su tesoro, esos absurdos derechos... ¡Es la eterna injusticia social! ¡Ah! ¿Qué dirias á tu espo a si ella te pidiera cuenta de nuestro conocimiento.

— Lo sabe.

— ¿Y te ha perdonado?

— Creo que sí...

— Y sin embargo, tú no sabes perdonarla á ella.

— No.

— Adios, para siempre.

Y se levantó Yo la detuve frenético.

— ¡Por el cielo, no me abandones! Sé buena para mí, y no interpretes mal las frases de un pobre demente.

— ¿La perdonas?

— ¡Me amarás siempre?

— Si,

vez Azucena, para romper como un nudo gordiano cuantos obstáculos pudieran impedirla gozar de mi amor, me entregaba aquellos papeles acusadores, prueba irrecusable de la traición de Aurora... Por eso me dijo al marcharse: Nos veremos pronto, muy pronto...

En aquel momento de horribles dudas, me hubiera sido imposible decir cuál de aquellas dos mujeres me inspiraba más adoración, ó á cuál odiaba más.

Mientras cruzaban por mi mente tan monstruosas suposiciones, permanecía inmóvil, como petrificado; creíame en el fondo de un abismo, del cual me sería imposible salir y me figuraba, que desdoblar aquellos manuscritos, sería abrir una nueva caja de Pandora.

Hice un esfuerzo supremo para libertar á mi alma de ideas tan penosas, y comencé á leer á la luz del farol la primera carta, cuya fecha era muy anterior á la de mi conocimiento con Aurora.

Decía así:

«Léjos de tí, querida amiga, obligada á dejarte cuando más necesitaba de tus consuelos, porque eres la única que posees mi secreto, me siento embargada por una tristeza que cada dia es mayor... ¡Qué deseos tengo de volverte á ver, para que hablemos largo, muy largo!

Pero aun no te he dicho nada de Albertito. Se ha aliviado notablemente desde que ha comenzado á respirar los aires puros de este pueblo. A aquellos accesos de tos ferina que ahogaban á mi pobre hermanito ya van cediendo, y no me canso de dar gracias á Dios por ello; tiene mejor apetito; sus mejillas, que parecían dos pétalos de rosa de cera, van recobrando el color de la salud. Ha sido un cambio maravilloso, y yo comienzo á tranquilizarme.

Pero desde que este querido niño se halla fuera de peligro, ha vuelto él á hacerse dueño y enor de mi pensamiento... Cuanto más penso en ello, más me avergüenzo de mí misma, y preveo que ha de costarme muchas lágrimas aquel momento de locura. No sé si le amo; creo que

si... Pero lejos de arrepentirme de haber desvanecido hasta la última de sus esperanzas, persevero en mi resolución, porque no puede ser otra cosa... Si es verdad que él me ama, como me aseguras, debió haber sufrido mucho aquel día. ¿Qué le digiste, Adela mía? ¿Qué amaba á otro? ¿A Rebolez quizás?... ¡Oh! no le habrás dicho eso, porque entonces me despreciaría... y no quiero que me desprecie... Estas preguntas no exigen respuesta, ¿comprendes? no quiero saber nada, nada. Que me olvi te, que no sepa quien soy... Cuando pase algún tiempo, todo habrá terminado; él por un camino, yo por otro. Dentro de un año, ¿qué digo? mucho antes quizás, si aún me recuerda, será para decir en algún círculo de amigos: *A propósito de aventuras, os contaré una muy extraña que cierta noche...* Y lo contará todo. ¿No es verdad, querida mía, que puede suceder eso? Dime que sí para tranquilizarme... Por fortuna, ignora quien soy, y cual es mi nombre verdadero, Yo misma, tal vez, me reiré de todo esto, á medida que el tiempo se encargue de apagar estas llamaradas que me quemán el rostro cuando le recuerdo; y si llega un día en que me convenza de que él no es, ni mucho menos, mi hombre ideal, capaz de amar como yo quisiera ser amada... entonces si que me reiré de todas éstas fantasmagorias que hoy me esclavizan... Soy una loca de atar, Adela mía, y sólo á tí, que eres mi segunda madre, que me has visto nacer, que me conoces mucho y sabes que no soy del todo mala, me atrevo á contar estas cosas. Mira, lo que más me aflige, lo que me produce una pena y angustia inexplicables es pensar que me está prohibido amarle, decírselo, ser suya... Despues de haberme presentado ante sus ojos de aquel modo, me he hecho imposible para él... Sería muy peligroso hacer la prueba; hoy, fascinado por la novedad del caso, seducido por lo que haya visto en mí de bello (si algo tengo), reciente aún la escena de aquella noche... lo olvidaría todo, lo perdonaría todo, hallaría disculpa para todo, con tal de hacerme su mujer y realizar ese hermoso sueño que, según

--Pues bien, perdono á Aurora ese momento de extravío.

--¿Lo juras?

--Lo juro.

--Pon la mano sobre tu corazón y dime: ¿La amas mucho?

--Sí.

--¿Y cómo es posible esa inverosímil dualidad?

--Lo ignoro.

--Yo te la explicaré, mi pobre Luciano, dijo la máscara enlazando su brazo con el mío y obligándome á levantarme.

Me llevó cerca de un farol, y sacando unos papeles que guardaba en el seno, susurró con dulcísima voz en mi oído al entregármelos:

--Toma... son cartas de Aurora á la condesa...; están ordenadas por fechas... Léelas amado mío... y sé feliz... Yo me separo de tí... pero nos veremos pronto... muy pronto...

Y se apartó de mi lado, desapareciendo entre los árboles.

## XI

Quedé algunos minutos inmóvil, con la mirada fija en el punto por donde Azucena se había desvanecido como una sombra.

El desorden de mis ideas me impidió, al pronto, hacer conjeturas y discurrir acerca del significado de sus últimas frases.

Los papeles que convulsivamente apretaba entre mis dedos eran cartas de Aurora, dirigidas á la condesa de Al... Qué iban á revelarme aquellas cartas? ¿Habrían sido escritas antes ó después de mi conocimiento con Aurora? ¿Serían de una época posterior á la de nuestro matrimonio?

Con esa rapidez maravillosa del pensamiento, para el cual no existe ni tiempo, ni espacio, recordé las frases con que Aurora contestó á mi primera declaración: *Amo á otro...* Aquellas tres fatídicas palabras se grabaron en mi cerebro como marcadas con un hierro candente... Tal vez había caído en un lazo odioso, la tarde en que, inclinado sobre aquel manuscrito, mientras ella fingía dormir, me figuré poseedor de su secreto, y me creí amado... Tal

dices, acaricia... pero despues... cuando calmada la pasión y satisfecho el deseo, se hallara en condiciones de discurrir con frialdad, de analizar las cosas secamente, sin cegueras ni vaguedades... ¿qué porvenir me reservaría el destino? ¿Me seguiría creyendo buena y honrada? ¿Seríamos felices? Ante tales dudas, prefiero sufrir resignada la muerte de esta ilusión, y creer que he leído la primera página de una novela amorosa, arrojando luego el libro para ignorar eternamente el desenlace.

»Escribeme, Adela mia; consuélame, dime que no me equivoco, que debo estar satisfecha de mi misma. Adios.

AURORA.»

Despues de leer esta carta, no quise detenerme ni un momento á reflexionar acerca de ella; faltábame tiempo para devorar la lectura de las otras; jamás había experimentado una ansiedad parecida.

Hé aquí lo que las restantes cartas me revelaron:

«Madrid, Marzo, 187...

»Bien segura estaba yo, Adela mía, de no equivocarme! Aquel Luciano Villamar de que hablaron los periódicos era el mío, por fin lo confiesas; ese jóven, á quien hallaron tendido en una calle, á las altas horas de la noche, casi enterrado en la nieve, exánime, ensangrentado... era él, el hombre á quien amo, ¿entiendes? á qu'en amo con toda mi alma... Cuando hace dos meses fui á tu casa, y te mostré el periódico donde leí espantada la noticia de aquel cobarde crimen, no sé qué me dijiste, ni que maravillosa elocuencia empleaste para convencerme de que no era el mismo Luciano... Hasta recuerdo que soltaste una carcajada, al verme trémula y llena de angustia, diciéndome luego que nuestro Luciano viajaba entónces tranquilamente por Bélgica, y buscaste una carta suya que acababas de recibir (cuya carta, como era natural, no pudiste encontrar entre tus papeles). ¡Ay, Adela mía! No sé si incomodarme contigo por aquel engaño, ó si agradeértelo con todo mi corazón; creo más bien que

eres acreedora á esto último, porque si ahora me escribes desde Sevilla, dos meses después de aquella terrible desgracia, y me escribes para decirme que está ya completamente restablecido y aún así, me acaba de producir tan honda pena el saber toda la verdad... ¿Qué hubiera sido entonces? No me es posible explicarte, Adela de mi vida, la dolorosa impresión que he sentido al saber que aquel miserable que intentó asesinar á Luciano es Rebolez... ¡No puedo desechar de mi imaginación la idea de que yo he sido inocentemente causa de aque la desgracia! No me preguntes en que me fundo, porque yo misma lo ignoro; pero mi corazón nunca me engaña. Aquel canalla, cuyo nombre odioso se resiste á trazar mi pluma, tuvo la osadía de pretenderme, ya lo sabes; veía en mí una rica heredera, un buen negocio y nada más... Yo me reí de sus vanas aspiraciones, como entonces sabia yo reirme; pero él me seguía siempre, no abandonaba el campo, interesábale mucho no perder tan hermosa ocasión de enriquecerse... ¿Quién sabe por qué tortuosos caminos llegaría á enterarse del amor de Luciano? Sin duda vió en él un rival peligroso, y arrastrado por la perversidad de sus instintos, no halló mejor manera de deshacerse de él que asesinandole... ¿Pero no me engañas ahora también, querida mía? ¿De veras está ya Luciano completamente fuera de peligro? Vuelve á repetírmelo en tus cartas, dame detalles, explicámelo todo, dime como pudieron los dos encontrarse á semejante hora de la noche en aquella solitaria calle, confíame todo lo que sepas... Te juro, Adela mía, que si sé hace dos meses que era mi Luciano el que se encontraba solo, sin familia, abandonado, casi moribundo, y quizás por causa mía..., no hubiera tenido valor para guardar por más tiempo mi secreto, y hubiese corrido á la cabecera de su cama, para no apartarme de él un solo momento, hubiera sido su hermana de la caridad, y me debería entonces algo de esa vida que ha vuelto á recobrar... ¡Qué dicha para mí tan grande! Esto que pienso son locuras; puest que yo desvarío de este modo, debes tú raciocinar

por mí. Has hecho bien en no decirme nada hasta ahora cuando todo ha pasado... y hasta creo que si por siempre me ocultas lo sucedido hubiera sido mejor... Pero tú creíste que después de un año de aquella entrevista, y o le habría casi olvidado, ¿no es verdad? Porque nunca te hablaba de él, supusiste que nada sentía ya... Es tu disculpa, y te perdono. Ahora quiero ser razonable, me dices que abandona á Madrid, para completar su salud en el campo, y que tal vez no regrese jamás á la Corte... Pues bien; no quiero saber á donde ha ido, no me lo digas nunca, ¿entiendes? Espero que sin saber nada de él, cuando pase mucho tiempo, podrá ir poco á poco curándose tú

AURORA »

C... Junio, 187...

«Ayer te escribí, y hoy vuelvo á escribirte... Mi mano tiembla de tal modo al trazar estas líneas que, á duras penas, logro sujetar la pluma... En esto que me sucede hay algo de fatalidad... Ayer te explicaba en mi carta la vida tranquila que hacemos en este pueblo desde que á él llegamos hace tres días; vivimos en la misma casa donde Alberto se curó de su tos ferina; y tanto por esta circunstancia (que nos ha hecho tomarla cariño), como por estar admirablemente situada en una pequeña altura, rodeada de alegres huertas y pomaradas, y á cierta distancia del núcleo del pueblo, la hemos adquirido por una bagatela, con intención de habitarla todos los años durante los meses de veraneo... ¿Quién hubiera podido prever tan extraña coincidencia? Si lo tu, que estabas en el secreto... Pero voy á enterarte, Adela mía, de como fué el encuentro. Brindándome hoy la tarde, que fué templada y apacible, á dar un paseo por la quinta, llegué sola hasta la tapia que le sirve de límite, y viéndome junto á un grupo de frondosos mananos, me tendí á su sombra. No sabes el encanto que para mí tiene la soledad, en esa quietud y calma del campo, cuando contemplo sobre mi frente un cielo azul y sereno... Mentiría si te dijera que no pensaba en él; pero ya, después del tiempo transcurrido, no me

es penoso su recuerdo, y por el contrario, experimento un placer dulce y reposado en pasar revista á todo cuanto á él se refiere (menos á aquel terrible episodio de que me creo causante) Absorta, como te digo, en mis pensamientos, y dejando vagar la distraída mirada por el espacio... de pronto oí cerca de donde yo estaba un ruido como de ramas que se quiebran, luego un golpe más seco y una respiración fatigosa... Volví la cabeza, y al reconocer la persona que tan súbitamente se presentaba ante mis ojos, sentí que toda la sangre me affluía al corazón, me incorporé, dí un grito ahogado... Era él, Luciano, que se me aparecía como obedeciendo á una evocación de mi espíritu... Le conocí inmediatamente, comprendes esto, Adelmia? Más aún te admirarás, si te digo que lo desgarrado de su traje, el cieno que cubría sus botas y polainas, la manera de empuñar la escopeta, y la especie de fiebre que ardía en sus ojos, buscando no sé qué en derredorsuyo, todo esto le daba aspecto de un cazador salvaje... Sentí un terror tan grande que no pensé más que en huír... Creo que me dijo algo, no sé qué, sin duda para tranquilizarme... Si hubiera él podido adivinar que yo era su Azucena! Pero no; mis negros cabellos no podían revelarle que aquella noche fueron rubios y dorados; en cuanto á mis facciones... hoy las ha visto por primera vez. Estoy oyéndote decir que veo visiones, que solo un extraordinario parecido me ha hecho creer ese disparate... Desde ahora te declaro que es inútil cuanto me digas, tengo la seguridad de que es él, el mismo Luciano Villamar á quien conocí en tu casa; no es él uno de esos tipos vulgares que á cada paso vemos por el mundo, es inconfundible su figura con otra... Confíesame francamente que este es el pueblo donde se ha refugiado; de todas maneras he de averiguarlo yo tarde ó temprano. Además, puesto que Dios nos acerca, es inútil luchar; me resignaré á verle, quizás á tratarle... Pero nunca, nunca sabrá que soy Azucena. Adios, hermana mia, contéstame inmediatamente.

AURORA

C... Agosto, 187...

Habrás podido ir viendo por las anteriores cartas, mi inolvidable Adela, que no me engañaba mi corazón al anunciarme algo providencial que me acercara á Luciano, poniéndome en terrible trance de lucha entre mi amor y mi deber. Conoces el valiente rasgo suyo, merced al cual se libró Albertito de una muerte casi segura; sabes que desde entónces fueron estrechándose poco á poco los lazos de amistad entre él y nosotros... y que he llegado á inspirarle un cariño verdaderamente fraternal... Hasta ahora había logrado resistir á la tentación y nada le pregunté de su pasado, ni de lo que motivaba su constante melancolía; pero el ansia de saber, de profundizar los misterios de su alma, fué superior á mis fuerzas... y le interrogué, le ofrecí el consuelo de mi amistad. ¡Desdichada de mí! ¿Comprendes á un ser infeliz desgarrando su herida, gozándose en su propio tormento? Esa soy yo... Oí de sus labios la confesión de su amor por Azucena, contome sus esperanzas, sus temores, sus noches de insomnio, sus desengaños, sus penas... y yo escuchándole, lloré, pero lloré tanto, que él me miraba asombrado; no podía adivinar que cada una de sus frases me producían la mayor delicia y el mayor tormento de mi vida. ¡Compadéceme, Adela! No era suficiente expiación el tener que ocultarle mis sentimientos como si fueran un crimen; para tu pobre amiga ha surgido del fondo de tan extrañas complicaciones un suplicio sin nombre, que no se les hubiera ocurrido inventar á los antiguos dioses paganos para castigar á los réprobos... ¡Tengo celos de mi misma! En mí hay dos seres, dos personalidades; una es la Azucena de aquella noche inolvidable, la misteriosa desconocida, el amor de Luciano; otra es Aurora, su hermana del corazón, aquella en quien ha depositado el secreto de su alma, en la que ha buscado consuelo, la que le inspira una amistad templada y pura... ¿Comprendes ahora? ¡Cuántas veces han querido brotar de mis labios las palabras «Luciano; tu Azucena soy yo, y te amo.» Pero no,

esto es imposible... me despreciaría luego... Oyéndole explicarme su amor por *la otra*, he llegado á comprender el modo como la ama. ¿Sabes lo que no olvida, lo que con más tenacidad se ha gravado en su memoria, el recuerdo, en fin, que le enloquece? Todo aquello que de hermosura material creyó ver en Azucena, la luz de sus ojos, su aliento que le embriagaba, y sobre todo, aquel inesperado beso... que acabó de transformarle y reírle... Para otro cualquiera, este episodio pasaría por su mente mezclado y confundido con otros semejantes; en Luciano marcó una nueva era, no sabe él sentir á medias, y en todo se revela su alma grande, su imaginación entusiasta y soñadora... He ahí por qué hoy más que nunca debo ocultarle cuidadosamente mi secreto; cuanto más recuerdo lo que le dije aquella noche, cuanto más analizo la escena del jardín, más me avergüenzo de mi misma, menos me explico aquella locura, y más se fortalecen mis propósitos de no descubrirle jamás que soy yo esa mujer tan misteriosa y deseada.

¿Quién sabe? Allá, en el fondo de mi corazón, duerme una esperanza; si algún día llega á olvidar á Azucena, si en lugar de ese amor impetuoso y sensual, lograra inspirarle otro más elevado, más puro... quizás podría aún ser dichosa tu

AURORA »

Madrid, Octubre, 187...

Tus protecias se han realizado... Son tantos los deseos que tengo de decirte que soy dichosa, que ahora acabo de llegar á Madrid (él ha hecho el viaje con nosotros), estoy cansadísima, tengo sueño, pero no bien he entrado en mis habitaciones, me ha faltado tiempo para coger la pluma y contarte de prisa y corriendo lo que me pasa; desde C... no pude escribirte, me faltó tiempo, todo se aglomeró el último día... Tenías razón, Adela de mi alma, aquella situación no podía durar, era insostenible... Desde que me confesó que me amaba á mi, á Aurora, y tuve aún el suficiente valor para alejarle, alegando imaginarios

amores con otro, no me atrevía á mirarle, me mostraba reservada, fria, indiferente... Dudaba aún de la sinceridad de sus protestas ¿Cómo creerle, si aún resonaban en mis oídos las ardientes frases con que me pintó su amor por *la otra*? ¡Bien sabe Dios cuánto deseaba creer! Pero todo mi fingimiento fué inútil, Adela mia, Luciano sabe que le amo, descubrió mi secreto (ya te contaré como), y ya no tuve fuerzas para luchar por mis tiempos... ¡Soy tan feliz, que me parece haber sido llevada á un mundo delicioso, donde se desconocen las tristezas y las luchas! Ya no tengo celos de Azucena, porque Aurora va á ser su mujer... á aquella Azucena la guardaré bajo llave ¿te ries? haré todo lo posible para que él ignore siempre que vive bajo su mismo techo, no saldrá nunca á luz, y me embriagaré yo sola con el amor de mi Luciano. ¡Ninguna mujer en el mundo habrá conseguido victoria tan completa sobre su rival como yo!... Ya sé, ya sé que te estarás riendo mientras lees estas líneas; pero harás mal, porque única sombra en medio de tanta luz como me inunda, es el temor de que algún día sepa que yo, su Aurora, es la misma voluptuosa máscara de aquella noche... Como no hay dicha cumplida, estoy condenada á esa perpétua zozobra... Cuando des por terminada tu larga residencia en Sevilla, quizás sea ya su mujer; para entonces te encargo mucha prudencia, Adela mia... Le bastará verte, para recordar á Azucena. Adios, otro día trataré más extensamente este delicado asunto.

Tuya,

AURORA.»

La última de las cartas contenía estas breves líneas:

«Adela de mi vida: nada te he dicho por no afligirte, pero soy la más desdichada de las mujeres... Ya te diré por qué, ahora no puedo... Sé que estás haciendo los preparativos para tu baile de trajes de este año... Pues bien, quiero que envíes una invitación á Luciano; ténme además dispuesto mi disfraz de Azucena, sin olvidarte del cosmético para convertir en rubios mis cabellos; y si

conservas algunas de las cartas que te escribí desde C... , y desde Madrid, hablándote de él, tenlas dispuestas para entregármelas... Escuso decirte, que cuentes conmigo la noche del baile; iré muy temprano para tener tiempo de contarte mis angustias y la resolución que he tomado... Por ahora solo te digo que voy á jugar el todo por el todo... Siento algo que debe parecerse á la emoción que experimentará el soldado la víspera de una batalla decisiva...

AURORA.»

Al terminar la lectura de aquellas cartas, sentí algo parecido á lo que se experimenta cuando despertamos de un ensueño penoso, y la realidad desvanece las horribles fantasmas que en derredor nuestro engendraron los tinieblas.

No sé, no recuerdo si me despedí de la condesa; aquel cuarto de hora que tardó el carruaje en conducirme á mi casa, me pareció un siglo.

Aurora me esperaba, y al verme entrar, se arrojó llorando en mis brazos, yo la estreché sobre mi corazón, sin poder articular una sola palabra.

—Oye,— me dijo ella, reclinando su linda cabeza en mi hombro.—Hay dos amores distintos; uno es el amor del alma, otro el de los sentidos. Cada uno de estos amores, aisladamente, no es perfecto... sólo con la unión de ambos se forma el verdadero. Ahora bien: tu amabas en Azucena la belleza puramente material; el beso que te dió fué la chispa iniciadora de aquella pasión irresistible; y amabas en Aurora la belleza del alma, el beso que dejaste sobre su frente cuando dormía, fué la primera manifestación de otro amor más puro... Hoy sabes amar de ambos modos... ámame siempre así; nada te deberá mi corazón, porque soy enteramente tuya... ¡Ah! No sabes cuántos celos he tenido de mi misma!

**FIN**